

COLECCION UNIVERSAL

Núms. 1.022-1.023

CONDE DE GOBINEAU

*El*  
*Renacimiento*

TOMO III

PRECIO

1pta

ESPASA-CALPE, S. A.

DR  
537



COLECCION UNIVERSAL

El Conde de Gobineau

—  
EL RENACIMIENTO

—  
TOMO III

MCMXXVIII

DR 9537

---

ES PROPIEDAD  
Copyright by Espasa-Calpe, S. A.  
Madrid, 1928  
Published in Spain

---

---

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

EL CONDE DE GOBINEAU

# El Renacimiento

TOMO III

TERCERA PARTE  
JULIO II

La traducción del francés ha sido  
hecha por A. SANCHEZ RIVERO



Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Soria

8639

ESPASA-CALPE, S. A.

1928

---

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

TERCERA PARTE



JULIO II





# JULIO II

1503

Una estancia en el Vaticano. Julio II; el Bramante.

JULIO II

Tú no eres más que un artista; pero yo, que conozco la energía que hay que tener en el alma para crear seres de piedra e insuflarles la vida, te hablaré como a un igual.

EL BRAMANTE

Yo también, Santísimo Padre, comprendo la obra que imagináis.

JULIO II

Ya comprendes la dificultad de poner orden en medio de estas ruinas acumuladas sobre Italia por siglos salvajes y las iniquidades de mi predecesor. Ese país miserable se halla más manchado

que los establos para los cuales fué menester un Hércules. En medio de las piedras desplomadas, de las zarzas, de las hierbas venenosas, las serpientes y los sapos se hinchan; ¡y sin embargo, Bramante, estos escombros, estas malezas impuras, son los restos sagrados de un ayer magnífico! Yo quiero transformarlo en un paraíso tan bello como el de los libros santos.

#### EL BRAMANTE

Tal obra cubrirá de gloria a su autor.

#### JULIO II

Pero tú y yo somos viejos. Para realizar esta tarea es tarde. Tenemos el tiempo contado; hay que apresurarse. Es preciso concebir nuestros designios rápidamente, realizarlos de un golpe, sin dudar, sin esperar, y con estas manos que tenemos y a las cuales pronto hará temblar la senilidad. Creemos mucho, de prisa, cosas firmes, cosas buenas, cosas fuertes, aplastantes para las cosas malas que se trata de suprimir. Ayúdame con todo tu corazón y tu poder.

#### EL BRAMANTE

Me entregaré a ello enteramente. ¡Que el Cielo me castigue si me quejo de mi trabajo!

## JULIO II

Mientras yo voy exterminando los tiranuelos que aun quedan en la Romaña y fundando para siempre el poder de la Santa Sede Apostólica; sí, mientras aprovecho todas las ocasiones, te lo juro, para arrojar de nuestro país a los bárbaros, y expulso a los españoles como a los franceses, a los alemanes como a los suizos, y esto con el fuego, el hierro y con todos los rayos de todos los anatemas... ¡no economizaré ni violencias ni escrúpulos!; porque, entiéndeme bien, hijo mío: hay ciertas épocas en que los escrúpulos son buenos para el confesonario y francamente dignos de castigo en cualquier otro sitio, puesto que la virtud no consiste más que en tener éxito; mientras, como te digo, yo hago todo esto sin abstenerme de nada, a ti, Bramante, te encomiendo esto: haz de tal suerte que el fuego del espíritu se convierta en una hoguera tan ardiente que la ignorancia y la grosería de las edades pasadas se consuman en ella y que la llama sea brillante hasta tal punto que la Humanidad la perciba como un faro por el cual pueda guiarse para siempre.

## EL BRAMANTE

Un mundo desborda de vuestra cabeza a la mía. Vuestras ideas me gritan: ¡Trabaja, Bramante!

## JULIO II

Obedéceles; y como no te he mandado venir para perder el tiempo en divagaciones, he aquí mis proyectos: ¡El Vaticano es demasiado pequeño! No es ya un palacio digno del Soberano Pontífice de los cristianos, de este sucesor del apóstol que cierra y abre las puertas de los mundos. Me hace falta una morada que llene a las naciones de sorpresa y respeto. Así es que vas a levantarme aquí dos galerías largas y suntuosas, que atravesarán el valle en su longitud e irán al encuentro del Belvedere. Acumularás allí todas las bellezas, todas las elegancias, todas las invenciones de tu arte, y pondrás también todas tus audacias. ¡No temas hacer demasiado! ¡No lamentes el gasto! Recuerda bien y no pierdas nunca de vista que tu imaginación, por fuerte que pueda ser, no podrá figurar nunca más que con estatura de enano al lado de las grandezas de mi voluntad.

## EL BRAMANTE

Trataré de imaginarme lo mejor que pueda. Será un trabajo largo y penoso.

## JULIO II

¡Penoso! No me importa. ¡Largo? ¡Te lo prohíbo! Vas a comenzar inmediatamente; te aplicarás día y noche. No te darás tregua ni tranqui-

lidad hasta que yo te diga: ¡Párate! ¡Y yo no te lo diré! Antes de morir quiero contemplar yo mismo lo que ejecuto. ¡Mientras duermas y mientras comas, me estás robando! Escucha otra cosa. Hay una cantidad grande de callejuelas sombrías y sucias que deshonran a Roma. Harás que desaparezcan. En su lugar trazarás una vasta, soberbia y amplia avenida, y a sus dos lados construirás palacios y edificios suntuosos.

#### EL BRAMANTE

Comencemos por lo pronto las galerías del Vaticano; lo demás, ya veremos. Me dais miedo.

#### JULIO II

¡Cobarde! Te lo repito: soy viejo, no puedo esperar. Es preciso hacerlo todo apresuradamente. ¿Es culpa mía si los hombres, los acontecimientos, la lentitud del éxito, el obstáculo de los reveses, esta interminable serie de días, de meses, de años estériles que estorban la vida humana, me han cerrado el paso durante tanto tiempo? Si hubieses llegado antes, acaso escucharía tus razones, y aun así..., ¡no!, ¡realizaría más cosas! Harás inmediatamente lo que te mando, y que no es nada. He aquí ahora la obra verdadera que te impongo.

#### EL BRAMANTE

¡Cómo! Santísimo Padre, ¿esto no es todo?

## JULIO II

Me interesan tus obras, no tus apuros. Al mismo tiempo que yo, sí, yo, este Julián de la Róvere, hará pesar duramente el pontificado sobre los hombros de los reyes, y lo subirá tan alto que la herencia de San Pedro equivaldrá ya en este mundo a la herencia de Israel en el otro, tú fundarás aquí el signo visible de esta supremacía. ¡Tú eres, Bramante, quien va a construir un templo aceptable para la Santa Iglesia! La antigua basílica, como el antiguo Vaticano, no es ya digno de nosotros. Derriba, destruye, rompe, arranca y muéstrame lo que sabes inventar en lugar de lo que hayas borrado.

## EL BRAMANTE

Voy a rodearme de los más grandes artistas de Italia. ¡Si al menos Miguel Angel quisiera volver! Pero tiene demasiado miedo de vos después del ultraje que os ha hecho.

## JULIO II

De grado o por fuerza volverá; soy yo quien te lo jura. No consentó que la Sixtina permanezca sin terminar.

## EL BRAMANTE

En todo caso, tengo a Rafael de Urbino, y si el Buonarotti se obstinase...

## JULIO II

Yo me obstinaría también, y tu Rafael no podría reemplazármelo. ¡Vamos, date prisa, aviva! Tengo otros negocios. Los venecianos y los franceses están enzarzados. ¡Vamos, ponte en camino!

## V E N E C I A

La multitud llena las calles y las iglesias. Detonaciones de artillería a lo lejos. La sala del Senado; desde las ventanas se descubre la plaza de San Marcos, cubierta de gente. Los senadores forman grupos, esperando la sesión, y conversan gravemente.

JUAN CONTARINI

A los que le rodean.

Tal es la situación; la batalla de Agnadello, perdida; seis mil hombres caídos sobre el terreno; el Alviano, cruelmente herido, y todas nuestras provincias de tierra firme rivalizando en cobardía.

PEDRO BEMBO

Nada más cierto. Pero ciudadanos y campesinos, cuando uno está reducido a contar con ellos, no han defendido nunca de otro modo una patria desgraciada.

JUAN CONTARINI

De acuerdo; por eso yo no les reprocho nada y considero solamente los hechos. Caravaggio,



Bergamo, Cremona, se han rendido por sí mismas. Brescia ha hecho más. Para dar una prenda a los franceses, los habitantes han sorprendido a la guarnición y abierto sus puertas. En una palabra: se ha disuelto en un día todo lo que durante siglos habíamos ido reuniendo bajo nuestro gobierno.

FRANCISCO NANI

Acaso es preciso tener en cuenta las crueldades espantosas a que se han entregado los franceses. Los pueblos estaban aterrorizados.

MARCO CONTARINI

Suponed unos vencedores benévolos, y el resultado hubiese sido idéntico. Nuestros Estados de Italia, perdidos; el emperador, dentro del Friul y poniéndolo todo patas arriba; el ejército del Papa, amenazándonos en Rávena; Gonzaga, dueño de Lonato y de Ásolo; el duque de Ferrara, en la Polesina, y los franceses mismos, a nuestra vista, en Fusiva, apuntándonos con sus cañones... ¡Los estáis oyendo!... Sean cualesquiera las palabras que uno emplee, éstos son los hechos.

FRANCISCO NANI

Desde la guerra de Chiozza, nunca ha estado la República en peligro tan grande.

PEDRO BEMBO

Para mayor desgracia, somos inferiores a nuestros padres. Ellos se mostraron indomables, y me temo que nosotros vamos a perder la cabeza.

JUAN CONTARINI

No soy de vuestro parecer. Los Diez tienen la sangre fría necesaria. ¿Qué ruido es ése en la escalera?

FRANCISCO NANI

Es el procurador Pablo Barbo, a quien traen en un sillón.

JUAN CONTARINI

Hace diez años que no había venido al Senado. Está aniquilado por los años y medio paralítico.

FRANCISCO NANI

Ha previsto vuestras sospechas, señor Bembo, y responde por su presencia de que los patricios de Venecia son ante los franceses lo que sus antepasados, los senadores de Roma, fueron ante los galos.

JUAN CONTARINI

He aquí al serenísimo príncipe y a la Señoría. Tomemos asiento, señores.

Sobre la plaza de San Marcos.

UN MERCADER

Deteniendo a un senador que pasa.

Monseñor: ¿puedo hablaros?

EL SENADOR

Sed breve, maestro Antonio. Temo llegar con retraso a la sesión.

EL MERCADER

Monseñor: los mercaderes de Rialto han sabido que el serenísimo Senado ha ofrecido a la República la fortuna de todos sus miembros, y los mercaderes están dispuestos a hacer lo mismo. ¡Que vengan a llevarse nuestras arcas; están llenas, y las entregamos de todo corazón!

EL SENADOR

Os doy las gracias, maestro Antonio, y la Señoría será informada de vuestros ofrecimientos. Ahora, creedme, volved a vuestra casa y decid a vuestros amigos que hagan lo mismo. Debemos dejar para el populacho la curiosidad vana y la agitación sin provecho. Los ciudadanos honrados no deben dejar de ocuparse en sus negocios, su-

ceda lo que suceda. Permanecer en las plazas es un desorden, y el desorden es el último exceso del mal.

#### EL CIUDADANO

Tenéis razón, monseñor. ¡Ea, maestro Jerónimo, y tú, sobrino, volvamos a casa! El cuidado de salvar a la República corresponde a otros más sabios.

Salen. El senador entra en el palacio.

#### UN ESBIRRO (*enmascarado*)

A un grupo de pescadores y barqueros.

¡Id al arsenal, hombres! Allí están alistando gente para la flota.

#### UN MARINERO

Quisiéramos saber lo que decidirá el ilustrísimo Senado.

#### EL ESBIRRO

Por lo pronto ha decidido ya que te azoten si continúas holgazaneando de esta manera en vez de ayudar a la patria. ¡Vamos, hijos míos, basta de charla! ¡Marchad!

#### EL PUEBLO

¡Viva San Marcos!

Llega una barca con gran fuerza de remos y se coloca junto a las gradas del desembarcadero. El proveedor Andrés Gritti y varios hombres de armas, bajando de ella. En este momento salen del Senado.

JUAN CONTARINI

¡Cómo! ¿Vos, Andrés? ¿De qué modo habéis podido atravesar las líneas francesas?

ANDRÉS GRITTI

Era preciso pasar.

PEDRO BEMBO

¿Qué noticias hay?

ANDRÉS GRITTI

¡Excelentes! Construís molinos y veo que están abriendo cisternas; el trigo abunda; quitan las boyas de los canales. Si el peligro es extremado, la resolución no es menor. ¡Dios está con la patria!

FRANCISCO NANI

El Senado felicitará a vuestro general, que no ha desesperado de la fortuna.

ANDRÉS GRITTI

Es una medida justa y sabia. El conde de Petigliano ha hecho lo que se podía en Agnadello, y ya

están otra vez reunidas sus tropas derrotadas. Nosotros resistiremos mientras se pueda resistir.

JUAN CONTARINI

Los Diez están celebrando sesión. Acaban de enviar embajadores al Papa para suplicarle que se aparte de la Liga. ¿Qué hacen los franceses en Fusina?

ANDRÉS GRITTI

Bufonadas. Se divierten tirando contra el Campanile, sabiendo que sus bombas no llegan ni a medio camino. A esto lo llaman insultarnos.

JUAN CONTARINI

¡Vamos, vamos! ¡La patria no morirá! Bravo Gritti: veros en pie, estrecharos la mano después de los peligros que os han amenazado en estos últimos tiempos, es ciertamente una señal de la protección divina.

ANDRÉS GRITTI

Con las lágrimas en los ojos.

¡Viva San Marcos!

Entra en el palacio con su séquito. Los senadores se alejan.

## B O L O N I A

La cámara del Santo Padre. Julio II, cardenales, obispos, camareros, oficiales de las guardias suizas e italianas.

### JULIO II

Está sentado en una butaca y tiene en la mano un bastón, con el cual golpea el suelo cada vez que se acalora hablando.

¡Ah, me siento bien aquí! ¡Ya están los senadores boloñeses reducidos a términos razonables! ¡Que intenten otra vez menearse y el aguijón les entrará en la carne un poco más a fondo! En adelante pertenecen a la Iglesia. Que procuren no olvidarlo. Vos les transmitiréis mis palabras... Ahora, haced que pase Miguel Angel Buonarotti... ¡Ah, ya estás aquí!... ¡Al fin!... ¡Me alegro!... ¡Si no te hubiese amenazado con que te iría a buscar yo mismo a Florencia, no hubieras vuelto!

### MIGUEL ÁNGEL

¡Santísimo Padre: suponía que no teníais necesidad de mí!

JULIO II

¡Ah! ¿Tú suponías?... Me gustaría saber el fundamento de esta suposición. ¡Explicáte libremente, sin temor alguno! ¡Me imagino que tú no tendrás miedo de mí!

MIGUEL ÁNGEL

Tengo miedo de vos, Santísimo Padre; pero la verdad es la verdad.

JULIO II

¡Ah! ¿Tienes miedo de mí? Pues bien; no hagas caso de nada. ¿Cómo has podido concebir la idea, tan sólo la idea, de huir de Roma, cuando sabías muy bien que yo quería verte en ella?

MIGUEL ÁNGEL

Santísimo Padre: mientras que yo trabajaba a la vez en las pinturas de la Sixtina y en vuestras estatuas, y cuando acababa de terminar el Moisés que Vuestra Santidad parece haber aprobado...

JULIO II

¡Ah! ¿Te parece que yo he aprobado tu Moisés?... Te parece... ¡Ah, te parece!... Pero continúa... ¡anda!



MIGUEL ÁNGEL

Había pedido mármoles; me llegaron. Era preciso pagar a los marineros, y mientras estas gentes desembarcaban los bloques en Ripa fuí a solicitar de Vuestra Santidad el dinero necesario.

JULIO II

¡Yo estaba ocupado en mis negocios de Romaña! Ya están arreglados, y no soltaré lo que tengo en la mano. Es preciso que todo el mundo lo sepa; lo menos que podía hacerse era que los intereses de la Iglesia pasasen en primer término... Pero, ¡no, continúa, continúa! ¡Expílicate!

MIGUEL ÁNGEL

Santísimo Padre: estáis descontento; prefiero no decir nada.

JULIO II

¡Es un poco fuerte que cuando yo te ordeno que hables me lo hagas repetir dos veces!

MIGUEL ÁNGEL

Entonces, puesto que me veo obligado, diré que no me recibisteis. He pagado vuestros mármoles con mi propio dinero, y yo no tenía ninguno.

## JULIO II

¿Soy responsable, caballero, de vuestros locos gastos?

MIGUEL ÁNGEL

Yo bebo agua y como pan. Mis trajes no valen diez escudos. Me estáis tomando por vuestro Rafael.

## JULIO II

Te tomo por... ¡No importa! ¡No importa!... ¡Continúa!

MIGUEL ÁNGEL

Volví hasta tres veces. A la tercera, un criado me dijo insolentemente que podía tomar las cosas con paciencia, puesto que tenía la orden de no dejarme entrar nunca, y al preguntarle yo si sabía a quién estaba hablando respondió: "Lo sé muy bien; pero obedezco a Su Santidad."

## JULIO II

Y entonces tú, ¿qué le has respondido tú? ¡Vamos a ver! Alguna respuesta se te ha venido seguramente a la lengua! Porque tú no eres tan paciente que alguna vez hasta... ¡Pero... no! En fin, que les has replicado.

MIGUEL ÁNGEL

¡Pues bien! He respondido que...

JULIO II

Tú le has respondido: “¡Cuando el Papa tenga necesidad de mí, sabrá que me he marchado a otro sitio!”

MIGUEL ÁNGEL

Es verdad.

JULIO II

¡Ah! ¿es verdad? Continúa.

MIGUEL ÁNGEL

No tengo nada más que decir. Sabéis las cosas tan bien como yo. Vendí inmediatamente mis muebles a los judíos y me marché a Florencia.

JULIO II

¿Y entonces, qué es lo que yo hice? ¡Yo! ¡Porque no tengo una exagerada costumbre de sufrir las faltas de respeto, me parece! Acaso haya hecho algo.

MIGUEL ÁNGEL

No concibo qué placer encuentra Vuestra Santidad en atormentarme de este modo. Mejor que yo sabe lo que hizo.

## JULIO II

¿Acabarás?

MIGUEL ÁNGEL

¡Puesto que me obligáis, he aquí lo que hicisteis! Me enviasteis cinco correos, uno detrás de otro, ordenándome que volviese sin tardanza, so pena de desgracia; pero yo no estoy por que se me trate con tan poca consideración. Y os contesté suplicándoos que buscaseis un nuevo escultor.

## JULIO II

¡Y es verdad que has llevado tu audacia hasta el punto de enviarme este mensaje en estos propios términos!... ¡Pero continúa, continúa!

MIGUEL ÁNGEL

El señor Piere Soderini me ha indicado que la Señoría había recibido tres breves con la orden de enviarme a Roma bajo pena de excomuni6n. Así es que me ha sido preciso partir. He partido, y aquí estoy.

## JULIO II

¿De suerte que tú no has vuelto por tu propia voluntad? Y además de esto, hay insolentes que van contando por ahí que quisisteis matarme arrojándome maderos sobre la cabeza desde tu anda-

miaje de la Sixtina, donde había entrado contra tu deseo. Yo te pido ahora que me digas: ¿qué príncipe tan blanducho, tan bonachón, tan imbécil, podrá aceptar semejantes ultrajes sin vengarse?

Momento de silencio.

#### UN OBISPO

Santísimo Padre: Vuestra Santidad se dignará tener compasión de este pobre hombre. No se da cuenta de lo que hace. Estas gentes tienen poca inteligencia y no comprenden más que su oficio.

#### JULIO II

Levantándose furioso y golpeando al obispo con su bastón.

¡Impertinente! ¡Mentecato! ¡Idiota! ¿Por qué te permites insultar a mi artista? ¿Es que yo le he hecho alguna injuria? ¡Vamos! ¡Que echen fuera a este miserable, a este asno, a este imbécil! ¡Y tú, Miguel Angel, ven aquí, acércate, acércate!... ¡De rodillas!... ¡He aquí mi bendición! ¡Besa el anillo del Pescador! ¡No te incomodes más, hijo mío! ¡Vete a trabajar! ¡Te daré todo el dinero que pueda! ¡Hazme muchas cosas bellas! ¡Tú eres un dios creador! ¡Anda, hijo mío! ¡No pienses nunca más en abandonarme! ¡Tú eres la gloria del Papa y la gloria de Italia!

Miguel Angel se levanta, se santigua, saluda y sale.

## UN CAMARERO

Los embajadores de Venecia han vuelto por tercera vez desde esta mañana. Suplican a Vuestra Santidad que los reciba.

## JULIO II

¡Si serán atrevidos! ¿No saben que me he negado?

## EL CAMARERO

Se les ha dicho expresamente, Santísimo Padre.

## JULIO II

¡Esos venecianos! ¡Italianos sin serlo, cristianos sin quererlo! ¡Han pretendido disputarme la Romaña y me han forzado, contra mi voluntad, a unirme a los franceses! Así están reducidos al último extremo; ¿qué quieren ahora?

## UN CARDENAL VENECIANO

Bajo, al oído del Papa.

Santísimo Padre: los embajadores han recibido el encargo de hacer todas las sumisiones posibles. He aquí los puntos que habéis exigido y que ellos conceden: penitencia pública por haberos ofendido, abandono de los beneficios que dependen del Estado... Os cedemos Ferrara y el derecho de navegar por el Adriático sin pagar peaje.

## JULIO II

Del mismo modo.

Así me gusta, así me gusta. Traedme a vuestros diputados. Si podemos entendernos, no sólo dejaré la alianza de los franceses, sino que me ayudaréis a echarlos de Italia.

## EL CARDENAL

Sí, Santísimo Padre.

## JULIO II

Que los embajadores vengan a verme esta noche. Me niego a recibirlos en público. No es todavía tiempo.

## R O M A

Un jardín: cipreses, macizos de rosales; un banco de mármol en medio de la hierba y de las flores; detrás del banco, una estatua antigua de Venus. Rafael; una dama.

### LA DAMA

Os amo más y de otro modo que creéis.

### RAFAEL

Creo que me amáis. Si yo os lo devuelvo, o más bien si os lo doy, y si vuestro corazón no hace más que reflejarme en resplandores deliciosos, como un espejo fiel, la ternura que extendiendo sobre vos, ¿no es cosa justa?

### LA DAMA

Rafael, no me comprendéis. Yo os amo en mí misma, por mí misma. Y tan completamente, que me asombra lo poco que comprendéis mis sentimientos.



## RAFAEL

Amor mío, ¿por qué habláis así?

## LA DAMA

Me duele ver que un alma como la vuestra no perciba lo realmente precioso que se le prodiga y se pare en lo que es menos digno de ella y de mí. ¿Por qué no me permitiréis el orgullo de creer que mi afecto vale más que mi belleza?

## RAFAEL

Yo lo pienso tanto como vos podéis desearlo. ¿Soy de un corazón tan bajo que no perciba en vos más que el tamaño y el fuego de vuestros ojos espléndidos, la dulce redondez y el brillo de vuestras mejillas, la granada entreabierta de vuestros labios y la flexibilidad de vuestro cuerpo, que a nada puede compararse? ¡No lo creáis! Comprendo también de igual modo por lo menos hasta qué punto vuestro corazón es grande, generoso, y hasta dónde llega la elevación de esa inteligencia, comparada con razón por más de un poeta al vuelo atrevido del ave de cuyas alas sube Júpiter al seno del Empíreo. Si yo tuviese que pintar una hermosa sibila, vos seríais a quien elegiría. ¡El laurel divino, al rodear vuestras sienes, no hubiese ceñido jamás una frente más digna! ¿Quién no reconoce en vos la brillante discípula de la más

brillante filosofía, sí, la hija de Platón? ¿No se os ha contemplado delante de una asamblea de sabios enajenados de admiración y de placer, el día en que comentabais el *Fedón* con una elocuencia digna de los oradores de Atenas y de Roma? ¡Oh! La más bella, la más sabia, la más inspirada, al mismo tiempo que la más seductora de las mujeres, ¿por qué pensáis que os desconozco?

## LA DAMA

No soy lo que decís; soy la que ama a Rafael y, acaso, es amada por él.

## RAFAEL

¿Acaso?

## LA DAMA

Ninguna gloria está por encima de ésta. ¿No es natural que a veces tema que ese Rafael, que en este momento, en este momento igual a una eternidad de ventura, aquí sentado a mis pies, sobre este césped brillante como la esmeralda, con su brazo sobre mis rodillas y sus hermosos cabellos, su cabeza encantadora, tan tiernamente apretados entre mis manos, que... tú lo sientes, ¿no es verdad? tiemblan de emoción y de la felicidad más profunda... ¡Sí, sí, yo lo creo a veces que ese Rafael, notando y estimando sólo en mí lo que debe acabar, no piensa bastante en mi afecto inmor-

tal! Miradme... Miradme bien... sí... miradme así...  
 ¿Qué encontráis, qué recogéis en la sinceridad de  
 mis ojos sino la pasión incesante de vuestros  
 triunfos, vuestra gloria, el engrandecimiento de  
 vuestro genio?

#### RAFAEL

¡No permita Dios que no lo comprenda! Los  
 afectos frívolos, amiga mía, los deseos inconsis-  
 tentes, los caprichos pasajeros, son rayos de un  
 sol oblicuo. No calientan mucho, no alumbran  
 mucho; alegran graciosamente los puntos perdidos  
 en la trama de la existencia. El que se divierte  
 con ello hace bien. Son frutos, racimos de uvas,  
 ramilletes de cerezas, higos verdes y sabrosos que  
 cuelgan en el extremo de una rama bajo el fo-  
 llaje tembloroso. El alegre transeúnte haría mal  
 en no probarlos si puede cogerlos y de no salu-  
 darlos con el deseo si no puede alcanzar a ellos.  
 Pero no imaginéis que me entregue a buscar de-  
 masiado esos dones innumerables ofrecidos en to-  
 das partes al fugitivo apetito de los pájaros del  
 cielo. Mi locura sería demasiado grande, o más  
 bien mi debilidad de corazón.

#### LA DAMA

Esto es pensar bien, Rafael. Yo temía que no  
 fuese éste vuestro parecer.

## RAFAEL

Me conocéis mal si habéis sospechado en mí una tal estrechez de imaginación y de sentimiento. Permitidme que pueda ser un niño que ríe y ríe.

## LA DAMA

Como un arroyo al correr sobre los gujarros arroja a los ecos las perlas de su reír. ¿Quién podrá censurarte? ¿Yo por ventura, mi niño querido?

## RAFAEL

Pero sé también qué diferencia separa al placer de la felicidad, y cuando el ángel del afecto puro viene a sentarse con su túnica blanca sobre la piedra rota de la tumba de donde ha hecho brotar la vida, no le pregunto: ¿quién eres?, porque siento en mí el poder de lo que he hecho. Las imaginaciones vulgares, las inteligencias mezquinas, creen acaso cuando no es preciso creer; dudan cuando sería menester no dudar. Toman lo pequeño por lo grande y lo grande por lo deforme, y... ¡tú, no supongas nunca que no te entiendo! ¡No te imagines que la nobleza de tu alma es un esplendor invisible a mis ojos ciegos. Conozco lo que eres, siento lo que vales, toco lo que me das y peso todo el bien que esto me proporciona. Es tu amante, es tu amante quien te habla... ¡pero

es también tu amigo! ¡Oh querida! Es tu compañero, ¿qué puedo decirte? Es tu igual. Escucha hablar a su igual y recoge sus consejos como merecen serlo.

LA DAMA

Mis ojos están henchidos de lágrimas... ¡Pero tan dulces! ¿Qué cosa tan buena he hecho yo para que el Cielo me haya dado a vos? ¿Qué he merecido yo? En verdad, no lo sé.

RAFAEL

Yo tampoco sé por qué buenas obras he podido comprarte, tesoro mío; pero ¿para qué buscar las causas? ¿Es uno menos feliz por no saberlas?

LA DAMA

Acabas de decirlo hace un momento. Soy una hija de Platón y me complazco en buscar el origen de las cosas celestes.

RAFAEL

Las flores son preferibles a los gérmenes, y los frutos a las flores.

LA DAMA

Vos sois el hombre de lo que ha brotado, de lo que está maduro, de lo que se ve, se gusta y se saborea. Vos no os dedicáis a desmontar la lira

para encontrar en sus entrañas sonoras el sitio preciso en que se forma el sonido.

## RAFAEL

Es cierto. El Cielo no me ha asignado esta tarea. Sin embargo, no me acuséis tampoco de despreciar el lado interior de las cosas. Cuando esta ciencia contribuye a desenvolver la vida misma, hago de ella el caso que debo. Pero, con todo, no me siento muy inclinado a esos estudios oscuros destinados a perseguir secretos cuya comprensión final no es siempre muy útil. En realidad, me gusta lo que alcanza y baña la luz del sol; el resto sólo me importa secundariamente.

## LA DAMA

Sí, en esta cabeza adorada reina la luz por todas partes y a torrentes. La verdad aparece en ella sin trabajo y el error no encuentra sitio para sus obscuridades.

## RAFAEL

Te engañas. Yo no he reconocido nunca espontáneamente lo que era preciso encontrar. Alguien me ha mostrado siempre mi camino, y únicamente cuando una mano extraña ha despojado a las imágenes que yo debo contemplar de las vestiduras que me las ocultan es cuando yo las percibo y desde este momento sin duda las veo bien.

## LA DAMA

¿Qué queréis decir?

## RAFAEL

Si yo no hubiera salido un día, para no volver más, del taller del Perugino, en mi vida hubiera comprendido más de lo que él mostraba. Cuando llegué a Florencia, el ver al Masaccio me reveló lo que jamás hubiese adivinado sin este maestro: no era nada todavía. Los pañales infantiles no los he abandonado realmente hasta que entré en el taller de Baccio d'Agnolo y traté a grandes artistas, Andrea Sansovino, Filippino Lippi, Benedetto da Majano, el Crónaca, Francisco Granacci, escuchando a cada uno lo que sabía, lo que descubría, por decirlo así, cada hora en el mundo de sus sueños, bien fuese escultor, pintor o arquitecto. Y así preparado, cuando me había libertado de las ataduras de mis tiernos años y mis miembros se encontraron libres, entonces pude comprender, amiga mía, pero solamente entonces, pude comprender las lecciones ofrecidas por el gran Leonardo a mí, a cada uno de nosotros, a todos los siglos futuros. Ya lo ves: no ha brotado de mí mismo, no ha nacido de mí mismo, y, sin contar los ejemplos de la antigüedad, muchos otros han servido de regla, de guía, de fuente a lo que tú llamas mi genio.

## LA DAMA

¡Pues bien! ¡Conforme! ¡No eres como la Palas de Atenas, que salía con todas las armas del cerebro de un dios. Apenas eres ahora un hombre joven; la belleza de tu rostro conserva aún mucho de esos contornos casi femeninos, flores de la adolescencia. No es cosa extraña que hayas debido escuchar primero los pareceres de tus predecesores y ver y juzgar sus descubrimientos. Pero ahora tú lo sabes todo. Aquiles no necesita ya las lecciones del Centauro ni mi Alejandro las amonestaciones del filósofo. Lo que te pusieron en las manos ha fructificado en ellas; sabes más que el Perugino, más que Masaccio, más que Leonardo, más que todos los otros juntos, y estás comenzando la vida. El universo aprenderá de ti, y tú no aprenderás ya nada de nadie.

## RAFAEL

También en esto te engañas. Yo continuaré aprendiendo, y de todo el mundo. ¿Quieres que te confiese en qué me considero acaso más afortunado que mis predecesores? En esto: cada uno de ellos permanecía encerrado dentro de un círculo. Conocía a los artistas de su ciudad y no trataba a otros. Creía, como tú, que el talento natural no tiene límites y basta para alcanzar todos los resultados. Nada más falso. Yo seré grande, yo, que soy tu Rafael, porque aprendo de todas par-



tes y de todos; yo no me detengo nunca en mi busca. Me importa muy poco cavar en las raíces del árbol frutal que cada uno posee; pero quiero el árbol y quiero los frutos, y por esto, amada mía, soy yo...

LA DAMA

Tú eres la gracia, tú eres el encanto, tú eres todo...

RAFAEL

¡No! Te lo repito: yo no soy todo. Yo soy la razón, acaso; yo soy la moderación; soy el buen juicio; soy, si quieres, la sabiduría y el gusto educado; pero yo no soy la profundidad, y, sobre todo, yo no soy lo sublime.

LA DAMA

¿Quién es, pues, lo uno y lo otro?

RAFAEL

Miguel Angel.

LA DAMA

¿Miguel Angel? ¿Ese alma sombría, triste, estrecha, obscura, atormentada? ¡Vos no creéis esto, Rafael! ¡Ponerse a vuestro lado un hombre semejante! Se parece al demonio de las tinieblas, mientras que vos sois la imagen del arcángel cuyo nombre lleváis. ¿Qué fantasía de modestia os arrastra en este momento?

## RAFAEL

Si yo bajase a ese alma melancólica encontraría bastantes secretos llenos de humo con los cuales sabe hacer oro resplandeciente. Vulcano también era un dios deforme, cubierto de grasa, y vivía entre las escorias rojizas de sus forjas de Lemnos. ¡Pero ninguno de los dioses que se paseaban a través del azul, ni el Febo del sol, ni el Mercurio tañedor de plata, llegaron a ser nunca tan admirables artistas como él!

## LA DAMA

¡No! ¡Os engañáis! Nada hay de común entre este exceso de vida que en vuestras obras derrama toda vuestra naturaleza, fuerza amable, inspiradora, y la brutalidad salvaje de ese a quien parecéis envidiar!

## RAFAEL

Si yo no hubiese copiado como un alumno suyo, como el más atento y el más humilde de los alumnos, el inimitable cartón de Pisa; si mi tío Bramante, haciéndome penetrar secretamente en la Sixtina, no me hubiese proporcionado la felicidad inapreciable de contemplar las creaciones de ese hombre todopoderoso, no sería lo que soy, no podría siquiera soñar en lo que acaso pueda hacer. ¿Por qué bajas la cabeza? Yo ejecutaré cosas más grandes, más nobles que él, aunque él sea un in-

ventor más grande que yo. El encuentra, él sabe encontrar; pero a él no le es dado separar la plata del plomo ni mil manchas fuliginosas de la pureza de su pensamiento. En cuanto a mí, amiga mía, yo no soy acaso tanto como él lo es el Jehová de un mundo; yo he tomado en todas partes y de todas las manos; lo que es mío ha sido de otros. Pero, ¡vaya!, he sabido ampliarlo todo, elevarlo, alumbrarlo. ¡Soy un ordenador! No me he divertido copiando al uno, robando al otro, ajustando mezquinamente jirones secretamente tomados a cada uno, que cada uno hubiese tenido el derecho de reclamar más tarde. ¡No! Lo he fundido todo en un conjunto, y de estos elementos heterogéneos me he creado una fuerza de un solo impulso. Y con una materia compacta y ya mía, completamente mía, me apresto en adelante a componer mis obras adelantando siempre; esta materia está mezclada según mi entender, coloreada como me conviene, dura hasta el punto preciso que me agrada, ¡y así es como elevaré esos monumentos sobre los cuales imprimiré mi sello y que nadie me disputará! Ya lo ves: me alabo a mí mismo, para tranquilizarte y complacerte. Pero te he mostrado mi espíritu tal como el Cielo lo ha hecho y no tal como un afecto extremoso lo imagina sin fundamento. No me empino, pero tampoco me empequeñezco, y por encima de Miguel Angel y de muchos otros tengo una prerrogativa de que tú no hablas y que ella sola vale por todo lo que ellos poseen.

## LA DAMA

¡La conozco, la veo, la respiro!

## RAFAEL

¿Cuál es, hazme el favor? ¿Tan a la vista está?

## LA DAMA

¡Oh! ¡Y tanto como lo está! ¡Cómo brilla en tus miradas, cómo se la reconoce en tu postura, en esa gracia divina que acompasa tu menor movimiento! ¡Tu prerrogativa, Rafael mío, es ser feliz! ¡Tú eres feliz! La felicidad ha extendido su velo rosa encima del lecho maternal en el instante de tu nacimiento. Desde tu primer paso, desde tu primera sonrisa, te han amado. Se diría que los años que, encadenándose los unos a los otros, han ido formando tu edad no tuvieron más que primaveras. Tú has pensado, has meditado, has trabajado; tú trabajas continuamente siempre; lo que es esfuerzo para los demás se transforma para ti en placer fácil. No conoces labores ingratas. ¿Te han amado, decía yo? ¡Te aman! Los grandes, los príncipes, los Papas, las damas más festejadas, adoran a Rafael; si son de edad, lo quieren como al hijo más deseado, y si están en la flor de sus años hacen lo que yo hago... ¡lo idolatran! No me asombra verte expresar tan bien el candor, la virtud, la inocencia, el atractivo...

Está prohibido al mal acercarse a ti, y como jamás has visto ni conocido nada más que el afecto, ¿cómo puedes ser diferente de lo que eres? ¡Adiós!... Adiós, amigo mío; adiós, amante mío... ¡Adiós, ídolo mío!

RAFAEL

¿Te marchas ya?

LA DAMA

¡Ya!... Sí, ya es hora... ¡Demasiado pronto!... Sin embargo, estoy aquí desde esta mañana, y el sol descende, y el oro de sus rayos parece ahogarse en la púrpura deslumbrante de sus últimos resplandores. Además, oigo voces en el extremo del jardín. Tus amigos vienen a buscarte. No quiero que me encuentren.

RAFAEL

Quédate un momento, amor mío adorado; voy a decirles que me esperen en la casa. No te marches todavía, ¡te lo suplico!... Me has hecho hablar de todas las cosas; pero ¿qué hemos dicho de nosotros mismos?

LA DAMA

¡Oh! eso ya lo sabemos bastante bien. Adiós... Veo a la Bianchina. Me hace una señal. Mi litera está desde hace tiempo en la callejuela. ¡Qué imprudentes somos!

RAFAEL

¡Qué poco tierna sois!

LA DAMA

¡Ingrato!

RAFAEL

¿Entonces, hasta mañana, no es eso? ¿Aquí?...  
¿En tu casa?... ¿En el puente del Tíber?...  
¿Dónde?

LA DAMA

¡No!... Mañana... ¿Cómo haremos?... ¡Pues bien!  
¡Arriesguemos algo! ¡Ven a las diez de la mañana  
a los Santos Apóstoles; yo iré a oír la misa  
y estaré sola en la iglesia con la Bianchina.  
¡Adiós!

RAFAEL

¡Adiós! ¡Te idolatro!

Beatriz sale.

FRANCESCO PENNI (IL FATTORE)

Maestro: aquí está el Bramante. Viene a hablaros con mucha prisa.

## RAFAEL

Tráeme un cartón y los lápices. ¿Dónde están mis discípulos?

## IL FATTORE

Varios, en los dos talleres; el mayor número, en el Vaticano; unos ejecutan lo que habéis mandado en los frescos de la sala de la Signatura; los otros acaban los bocetos de Heliodoro. Varios también han partido temprano y trabajan con el señor Agostino Chigi en los cuadros de Psique.

## RAFAEL

¡Haz que les digan a todos que voy a llegar en seguida!... Iré a mis talleres, al Vaticano y a casa del señor Chigi. Dame los lápices.

Comienza el retrato de Beatriz de Este.

## EL BRAMANTE

Buenos días, sobrino. El Papa quiere hablarte. Le parece que tus trabajos no adelantan. Vas a tener que sostener un rudo asalto; pero no te preocupes demasiado.

## RAFAEL

Ante todo acabaré este apunte. ¡Lo tengo en la cabeza! No se me escapará. Pero sentaos, tío...

aquí, a la sombra de estas adelfas. Esta es una sombra hecha para vos. ¡Que traigan una limonada al señor Bramante!

EL BRAMANTE

La verdad es que estoy deshecho de fatiga. Esta vida, a mi edad, es intolerable.

RAFAEL

La vida es admirable para vos como para mí. Si nos violentase menos, ¡qué lánguido estaría todo en nuestras almas!

EL BRAMANTE

Acaso tienes razón para ciertos momentos; ¡pero hay otros en que no puede sostenerse uno! Julio II es un amo grandioso; su exigencia es como su genio.

RAFAEL

No se compeadece de nosotros; ¿pero es acaso complaciente consigo mismo? No, de seguro. Esto es lo que debe ponernos de buen humor. He aquí un apunte de que no tendré que avergonzarme, me parece. ¡Palpita en mi alma y pugna por brotar bajo mi lápiz!... En cuanto al Papa, en cuanto a mí, hago lo más que puedo. ¿De qué se queja? La sala de la Sagrada Signatura está casi concluída; lo que queda por acabar lo será en seguida.



El cuadro de la Teología, como lo he compuesto de acuerdo con las ideas del conde Castiglione y del señor Luis Ariosto, está terminado. Dejaré descansar algún tiempo a la Filosofía, porque le he tomado gusto a la misa de Bolsena, y esta composición me importa de tal modo que no me daré descanso hasta que no le haya dado buen término. No puedo ir más de prisa; el Padre Santo se queja sin razón; le estamos haciendo bellas cosas.

#### EL BRAMANTE

Es precisamente lo que le irrita, y cuando se lo digo se incomoda, jurando que porque lo sabe quisiera sacar de nosotros todo de lo que somos capaces. Se queja de ti, se queja de Miguel Angel, del Sansovino, de Sebastián del Piombo, de todos los artistas que han traído a Roma, de mí, del universo entero. No ve en todos los seres humanos más que tortugas; el globo terrestre no da vueltas lo bastante de prisa sobre su eje, y en todas partes y sobre todo y para cada uno quisiera doblar o triplicar el movimiento. Mientras tanto, ¡ten cuidado!, sus gustos particulares le inclinan al Buonarotti. Y no quisiera que con pretexto de negligencia por tu parte te retirase de los trabajos para dárselos a ese Caligurante.

#### RAFAEL

Tío, os lo repito: se hace lo que se puede. Pero aquí están los amigos que se dignan visitarnos.

¡Llamad a los criados! ¡Eh! ¡Traed limonadas, frutas, pasteles! ¡Sillas! ¡Sillas! ¡Muchas sillas!

---

Unos criados ricamente vestidos traen sillones, sillas, taburetes; otros presentan refrescos de todo género. Entra el señor de Bibbiena, Agostino y Sigismondo Chigi; los arquitectos Baccio Pontello y Baldasare Peruzzi; Giacomo Sanseondo, el músico; Tibaldeo, el poeta; Marco Antonio Raimondi, el grabador, y otros.

#### AGOSTINO CHIGI

Maestro: ¡siempre trabajando! ¡Qué rostro tan encantador!

#### RAFAEL

¡Reverendísimo señor, magníficos señores, nobles amigos míos, sed bienvenidos! ¡Todos alegres, tranquilos, satisfechos! ¡Sentaos, hacedme el favor! ¿Me permitís que continúe lo que había principiado? Necesito acabar hoy y no tengo tiempo, porque Su Santidad me ha mandado buscar.

#### BIBBIENA

Continuad, maestro. Los momentos que se os hace perder es un robo odioso hecho a la posteridad, como a nuestros más nobles placeres.

#### TIBALDEO

¿Es cierto que Su Santidad está de tal manera encantado con vuestro cuadro de Heliodoro que, contra toda verosimilitud, quiere contemplar-

se a sí mismo en medio de esta gran justicia y en este poderoso tumulto de otro tiempo?

RAFAEL

Es verdad. Esta noche hice el cartón. Traedlo, Francesco. Vais a verlo y a decirme vuestra opinión.

AGOSTINO CHIGI

¡El potentado que aniquilando los principillos medita reunir a Italia bajo el báculo de San Pedro y libertarnos para siempre de los devastadores extranjeros, ese potentado, nuestro Pontífice, no habrá podido, en efecto, contener su alegría cuando vuestra mano, Rafael, le ha ofrecido el espectáculo de los impíos arrojados del templo por la espada de fuego del ángel del Señor! ¡Él mismo es este ángel!

BIBBIENA

¡Ah, los cartones están aquí!

Unos criados colocan los cartones en los caballetes, bajo la dirección del Fattore.

SIGISMONDO CHIGI

¡El Papa es de un parecido maravilloso!

SANSECONDO

¡Esa es su actitud fiera y aplastante frente a los enemigos!

## PERUZZI

¿Te reconoces, Marco Antonio? ¡Tú eres uno de los que llevan la silla pontifical!

## MARCO ANTONIO

No soy el único a quien Rafael ha hecho semejante honor. ¿No habéis visto nunca a mi compañero?

## TIBALDEO

¡Vive Dios! ¿No es el señor Giovanni Pietro de Foliari de Cremona?

## BACCIO PONTELLO

¡Cómo! ¿El secretario de los memoriales?

## RAIMONDI

El mismo. El pobre hombre se siente en el pináculo de la felicidad, y lo va contando por todas partes.

## BIBBIENA

Tiene razón. Habéis hecho por él, maestro, lo que Dios nos ha negado a todos: lo habéis hecho inmortal.

## EL BRAMANTE

Lleva contigo estos cartones al Vaticano. Será el verdadero modo de calmar al Papa. ¿Avanzas en tu apunte? Sería tiempo de marcharse; el sol se pone.

## RAFAEL

Estoy dispuesto. Fattore, hijo mío, hazme el favor de que lleven esta querida cabeza a mi alcoba. Esta noche, cuando vuelva, trabajaré en ella. ¡Mi capa de terciopelo azul! ¡Mi gorro con cordón de perlas! ¡Dile a una docena de nuestras gentes que me acompañen! ¡Tú vendrás con nosotros! Señor Bibbiena, y vosotros todos, quedaos divirtiéndoo. La casa es como su dueño: os pertenece. Señor Agostino: iré a vuestra casa en cuanto salga del Vaticano, y veré lo que hacen mis alumnos.

## AGOSTINO CHIGI

Corro a recibirlos. Tengo también que hablaros de los trabajos de mi capilla en Santa María de la Paz. ¿Cuándo los comenzaréis?

## RAFAEL

Será la semana próxima sin falta. ¡No olvidéis, señor, que hoy es la fiesta de Santa Ana! Cenamos en casa de nuestro digno alemán Johannes Goricius.

## AGOSTINO CHIGI

La señora Imperia se encontrará seguramente allí. No es, pues, de temer que falte el señor Bibbiena.

## BIBBIENA

Seguramente no; me parece que lo mismo podría decirse de vos. La Imperia tiene un imán en los ojos que arrastra a las gentes detrás de ella.

Entra un discípulo de Bramante.

## EL DISCÍPULO

Maestro: corred al Vaticano. ¡Ha ocurrido una desgracia!

## EL BRAMANTE

¡Dios mío! ¿Qué dices?

## EL DISCÍPULO

El muro de la nueva galería del Belvedere acaba de resquebrajarse todo a lo largo y amenaza ruina.

## EL BRAMANTE

¿Cómo puede ser de otra manera? ¡El Papa nos aprieta tanto! ¡Es preciso trabajar de noche, y apenas sabe uno lo que hace!

RAFAEL

Lo mismo puedo yo deciros. El yeso, mal aplicado, se descascarilla con las pinturas, o mal preparado, altera los colores. Adiós, señores; os acompaño, tío.

BIBBIENA Y LOS DEMÁS

¡Esta noche en casa de Goricius, eh!

RAFAEL

A Bramante, saliendo del jardín.

Ante todo, llevadme otra vez, de paso, a la Sixtina. Es preciso que yo entre. Este Miguel Angel ha realizado milagros; para no quedarme atrás, tengo que comprenderlos bien. ¡Qué nigromante! ¡Qué maestro este Buonarotti!

EL BRAMANTE

En cuanto a prodigios, el más grande para mí es el de haber puesto tan suave al Papa, que éste no trataría con más miramientos a Dios Padre!

RAFAEL

Tampoco nosotros tenemos que quejarnos, tío.  
¡No nos falta trabajo!

## EL BRAMANTE

A nadie falta. Julio II no tiene bastantes brazos, piernas, corazones y cabezas para emplear en los trabajos que quisiera ejecutar. Sin embargo, Miguel Angel es siempre el preferido. ¡Tenlo bien presente!

## RAFAEL

Riendo.

¡Vamos a reparar vuestras resquebrajaduras!  
¡Venid, tío, y vosotros, seguidnos!

Sale, echándole el brazo a Bramante, rodeado de sus discípulos y de sus servidores.



## ANTE BOLONIA

El campamento francés. Un grupo de oficiales está encendiendo hogueras de vivaque; parte de los hombres de armas permanecen a caballo; otros se han apeado para apretar las cinchas de los caballos; algunos toman un pisco. Las líneas de infantería están bajo las armas. Unos batallones marchan para llegar a sus posiciones; van acabando el cerco de la ciudad. Medianoche. El cielo está oscuro y sin luna. El gran maestro de Chaumont, gobernador del Milanesado, con armadura completa y casco en la cabeza; Aníbal Bentivoglio, señor de Bolonia, y su hermano Hermes Bentivoglio, armados igualmente; Ibo d'Alegre, capitán francés.

EL GRAN MAESTRE

A un oficial.

¿Han ejecutado mis órdenes?

EL OFICIAL

Sí, monseñor; la ciudad queda cercada. Una rata no podría entrar ni salir sin permiso nuestro.

EL GRAN MAESTRE

Muy bien. Mandad que la caballería ligera se entregue al pillaje por los campos. ¡Que todo el mundo esté dispuesto!

## EL OFICIAL

¡Sí, monseñor!

## EL GRAN MAESTRE

¡Ah, viejo Julio! ¡Ah, pícaro viejo! ¡Tenemos al viejo traidor! Le cogemos, y consiento en que la fiebre me exterminé si no le reducimos a pedir perdón.

## ANÍBAL BENTIVOGLIO

¡No lo merece! Recordad cómo traicionó a vuestro reverendísimo hermano el cardenal D'Amboise. ¡Él sólo es quien le ha impedido llegar a ser Papa!

## EL GRAN MAESTRE

¿Creéis que yo lo ignoro y que estoy de humor para perdonárselo?

## ANÍBAL BENTIVOGLIO

Y a mí me ha robado Bolonia, donde yo tengo ni un solo amigo.

## IBO D'ALEGRE

¿Ni un solo amigo? Eso es mucho decir, señor Aníbal. En vuestras ciudades de Italia, cualquiera tiene un amigo y un compadre para ayudarle a cualquier cosa.

## ANÍBAL BENTIVOGLIO

Os digo que la población va a abrirnos las puertas cuando sepa que estamos aquí.

## EL GRAN MAESTRE

Mejor. El rey quedará muy contento, y monseñor de Ferrara lo mismo. Lo menos que puede sucederle a Julio II es verse depuesto, como su predecesor iba a serlo de no haber muerto. Ciertamente, no valía menos que el Anticristo actual.

## ANÍBAL BENTIVOGLIO

Valía más. Este no sueña más que con la expoliación y el asesinato de todos los príncipes.

## EL GRAN MAESTRE

¡Eso mismo pienso yo! Sin embargo, es preciso hacer descansar un poco a los caballos y dar de comer a los hombres.

A un oficial.

¡Que echen pie a tierra! Las tropas romperán filas después de poner centinelas. ¿Ha llegado el capitán Molard?

## EL OFICIAL

Acaba de llegar. Sus aventureros están rendidos de fatiga.

EL GRAN MAESTRE

Son unos bravos; que les den vino. Llegáis a buena hora, capitán Molard. Muchas gracias por tanta diligencia.

EL CAPITÁN MOLARD

Cumplo con mi deber, monseñor.

EL GRAN MAESTRE

Ya sabéis que tenemos cogido a nostramo el zorro.

ANÍBAL BENTIVOGLIO

Y vamos a cortarle la cola.

HERMES BENTIVOGLIO

O el pescuezo.

EL GRAN MAESTRE

¿Qué nuevas traéis de Ferrara?

EL CAPITÁN MOLARD

He aquí al señor de Bayart, quien va a dáros las.

EL GRAN MAESTRE

Buenas noches, capitán Bayart; sed bien venido.

## BAYART

A Dios os encomiendo, monseñor, muy devotamente. Aquí hay personas que valen más que yo: el barón de Conti, el barón de Fontrailles y el bravo capitán Mercurio, con sus dos mil albaneses.

## ANÍBAL BENTIVOGLIO

¿Es verdad que ha deshecho tan bravamente a su primo hermano?

## BAYART

Lo ha hecho descuartizar con todos sus hombres, y las cabezas las han llevado en la punta de las lanzas. Daba lástima; y a mí no me gustan esas crueldades.

## IBO D'ALEGRE

Eso es perversidad y no guerra.

## ANÍBAL BENTIVOGLIO

Eso es venganza. Cuando arriesga uno su piel, tiene toda clase de derechos sobre la de los otros.

## BAYART

Yo soy harto insignificante para discutir con tan gran señor como sois vos. Por su parte, el capitán Mercurio es un bravo; no cabe duda. Sin

embargo, yo he mandado dar muerte sin piedad a los saqueadores que han ahogado en una caverna a los pobres habitantes de Vicenza, y pienso hacer lo mismo en cualquier parte donde caigan merodeadores en mis manos. ¿Pero estamos aquí para contar historias?

EL GRAN MAESTRE

De ningún modo. Contamos con que mañana por la mañana el pueblo de Bolonia me habrá hecho entrega del Papa. El señor Aníbal me lo ha prometido.

ANÍBAL BENTIVOGLIO

Como os prometo que al rey Luis le van a levantar las excomuniones; y al duque de Ferrara, a mí y a nuestros amigos igualmente.

UN OFICIAL

Un gran guardia anuncia que el conde Juan Francisco Pico se presenta de parte del Papa para hablar con monseñor.

EL GRAN MAESTRE

¡Ah, ah! Nuestra llegada es conocida, y el Santo Padre quiere evitar que su pueblo se apresure a saltarle a la cara. Traedme al señor conde; escucharé lo que tenga que decirme.

## EN BOLONIA

Un aposento del palacio donde reside el Papa. Julio II, enfermo, medio echado en un sillón, rodeado de cojines, que derriba a cada minuto, y que los criados levantan. El cardenal Regino, legado de Bolonia.

### EL CARDENAL

Es preciso que no os dejéis coger por esos malvados de franceses.

### EL PAPA

No me dejaré coger. Yo sí que cogeré, estrangularé, patearé a mis enemigos. ¡Puedes contar con ello! ¡Que me den de beber!

Un camarero le presenta un vaso de tisana.

¡Puf, amarga como la hiel! ¡Un vaso de vino!

### EL CAMARERO

¡Santísimo Padre: los médicos lo han prohibido expresamente!

## EL PAPA

¿A qué hora han partido los correos para que me den aviso a los venecianos y a los españoles?

## EL CARDENAL

Hace cuatro horas; fué a la primera noticia que nos llegó de la marcha de los franceses.

## EL PAPA

La cuestión es que nuestros aliados estén aquí a tiempo. Manda escribir al obispo de Sión que apresure sus negociaciones con los suizos. Que me arrojen lo antes posible sobre los campos del Milanesado el mayor número de esos bárbaros que se pueda reunir. Cuanto mayor daño hagan a las gentes de Luis XII, más próxima estará nuestra liberación.

## EL CARDENAL

Los suizos son bravos zopencos; espero de ellos mucho. Devotos de la Iglesia, obedientes, cuando se les paga bien...

## EL PAPA

¡Unos bandidos como los otros! ¿No está de vuelta aún el conde Juan Francisco?



## EL CARDENAL

Todavía no. Tiene buena parola.

## EL PAPA

No se necesita de mucha agudeza para engañar a Luis XII. Ese majadero se hace pasar por hombre de bien porque es zafio, jovial y débil de cabeza como de corazón. Príncipe, traicionó a su rey; marido, hizo tan miserable como pudo a su primera mujer, una santa; hoy obedece a la segunda, que no es más que una furia; y en cuanto a matar, a saquear, nadie lo hace más dispuesto que él; siempre con una risa grosera; y todavía dicen: ¡Qué buen hombre es éste! ¡Pobre Italia! ¡Pobre Italia, ser pisoteada por tales gentes! Es menester, necesariamente, destruir a los pequeños príncipes y a esas escandalosas repúblicas, Florencia, Siena, Lucca; para ello echaremos mano de aragoneses, franceses, alemanes, lo que se pueda tomar; pero, al fin, lucirá el día en que la Santa Iglesia, dueña de todo, encierre bajo doble llave a esos miserables en los desiertos que el Cielo les ha dado por patria.

## EL CARDENAL

Lo cierto es que Vuestra Santidad lo ha dispuesto todo a las mil maravillas: Enrique VIII de Inglaterra, desencadenado sobre las costas de Francia; Fernando, amenazador por los Pirineos.

## JULIO II

Y yo continuó negociando, negociando con Luis; mientras le ataco y le hostigo, le distraigo y le hago creer que podremos entendernos, le exco-mulgo con una mano, a él y a sus aliados, ¡bri-bones!, y con la otra le acaricio... ¡Le aniquilaré!

## EL CARDENAL

¡Y nos van a llegar quince mil suizos!

## JULIO II

Y mi sobrino Marco Antonio Colonna se ha hecho con su ejército; yo he levantado otro para mi Francisco María de Urbino... Todo va bastante bien... ¡Sí; pero si de pronto los franceses me sorprenden, es un accidente capaz de echar a perder muchos asuntos! He andado un poco atur-dido en venir aquí.

## EL CARDENAL

Un poco imprudente.

## JULIO II

¿Cuándo es el tiempo de tener prudencia? Yo necesito darme prisa para hacer mucho. Si no he de contar con mi fortuna, tanto se me da el no meterme en nada. Vete a ver si vuelve el conde.

## DELANTE DE BOLONIA

Noche de invierno, oscura y fría; comienza a clarear el día. Una casa de labriego; tropas francesas, acampadas en derredor. Mucho movimiento de patrullas de infantería y de caballería; por todas partes, puestos y centinelas. La ciudad está cercada. Adviértense luces en los pisos altos de algunas casas que dominan la muralla. Cerca de una gran hoguera, como una mesa entre ellos, el gran maestro de Chaumont y el conde Juan Francisco Pico.

### EL CONDE

En fin, monseñor, sea; quiero admitir lo que decís. El Santo Padre no se me ha mostrado tan fiel como hubiera debido serlo a la Liga de Cambray. Muchas cosas habrían de objetarse; pero no hablaremos de eso. El Santo Padre, convengo en ello, ha abandonado al rey cristianísimo después de la batalla de Agnadel; ha...

### EL GRAN MAESTRE

Ha entrado así en alianza con nuestros peores enemigos, los venecianos; los ha arrancado de nuestras manos, cuando nosotros, teniéndolos medio muertos, íbamos a darles el golpe de gracia;

ha separado de nosotros al emperador; excita a los suizos a que nos ataquen; en una palabra: nos hace todo el mayor daño que puede. ¡Se le castigará! ¡Ea, por la muerte de Dios que se rinda sin tanto remolonear!

EL CONDE

¿Cómo podría hacer otra cosa? Cuando le tengáis, ¿qué haréis con él?

EL GRAN MAESTRE

¡Una buena prisión! ¿Creéis que esto ha de faltar? Y más tarde, depuesto. ¡Bien merecido se lo tiene!

EL CONDE

Sois duro. ¿El Papa preso? ¿Qué dirá, qué hará la cristiandad? Y vos mismo, monseñor, el héroe de este gran escándalo, ¿os encargaríais de dar a mi señora, la reina, cuya piedad es tan conocida, las absoluciones que el cura más insignificante le negará?

EL GRAN MAESTRE

¡Al diablo! ¿Creéis darme miedo?

EL CONDE

Yo quisiera abriros los ojos. ¿Qué diríais si, en lugar de un molesto Papa prisionero, os trajese un abnegado Papa amigo?

## EL GRAN MAESTRE

Me tomáis por un animal. ¡Vuestro abnegado amigo, que robó la tiara a mi hermano! ¿Pensáis que semejante rasgo sea de los que se perdonan?

## EL CONDE

Sin duda. Pero yo pretendía solamente que pudieseis atención en esta verdad: cuando se quiere servir demasiado bien a su amo y a sí mismo, casi siempre se extravía uno. Yo os ofrezco que nos pongamos de acuerdo; os afirmo que podemos hacerlo con la mayor ventaja vuestra. ¿Que os negáis? Está bien; pero notad que sois vos quien rehusáis.

## EL GRAN MAESTRE

Yo no rehuso nada. Sólo digo, y repito, que no se puede poner en vosotros la menor confianza... ¡Ah, si fueseis otra gente!... Entonces...

## EL CONDE

He aquí, por ejemplo, lo que propondría... Levantamiento de la excomunión contra vos y vuestros aliados... Alfonso de Este, reconocido en su cargo de gonfaloniero de la Santa Iglesia... ¿no sería esto una buena entrada en materia? Nosotros abandonaríamos a los venecianos... A vos

mismo se os darían doscientos mil escudos de oro...  
¿Acaso no hay sobre tales bases un acuerdo posible?

EL GRAN MAESTRE

Lo que hay es que vosotros sois unos pillos redomados..., sin lo cual no pensaréis que, por el mezquino placer de ponerme en tantos aprietos, iba yo a...

EL CONDE

¡Os hago la proposición formal en nombre del Santo Padre!

EL GRAN MAESTRE

¿Tenéis plenos poderes?

EL CONDE

¡Aquí están!

EL GRAN MAESTRE

¡Sin embargo, esto no me bastaría!

EL CONDE

¡Cuerpo de Baco! ¡Difíciloso estáis!

EL GRAN MAESTRE

También quisiera el restablecimiento del señor Anfibal Bentivoglio en su ciudad de Bolonia, y que el Papa renunciase a la Romaña.

EL CONDE

Os confieso francamente que sobre esos puntos no tengo instrucciones, y es verosímil que el Santo Padre no quiera oír hablar de ellos.

EL GRAN MAESTRE

¡Os burláis! Si se niega, aprieto los dedos. ¿No está cogido? ¿Es que tiene acaso la libertad de querer o no querer?

EL CONDE

Nosotros lo sufriremos todo, quizá; pero no creo que Su Santidad renuncie a Bolonia ni a la Romaña.

EL GRAN MAESTRE

Entonces mañana, al amanecer, derribo vuestras puertas y echo mano a vuestro hombre.

EL CONDE

¿Estáis bien decidido?

EL GRAN MAESTRE

Si me conocieseis mejor, os dispensaríais de hacer esa pregunta.

EL CONDE

En ese caso y ante la fuerza, cedo.

EL GRAN MAESTRE

Riéndose.

Hacéis bien... Creedme; y ahora que somos amigos, vuestro amo va a abrirme las puertas a escape. Tengo prisa de abrazarle.

EL CONDE

Pero, en tal caso, ¿sería vuestro prisionero con otro nombre!

EL GRAN MAESTRE

Riéndose.

Tomadlo como queráis; yo no me apartaré de esta condición.

EL CONDE

Nuestra posición es horrible. Voy a marchar a referir vuestras palabras al Santo Padre. El decidirá...

EL GRAN MAESTRE

Presentadle mis respetos de hijo sumiso de la Iglesia.

EL CONDE

Vamos, monseñor de Chaumont, ¿no podríais ser menos duro?



EL GRAN MAESTRE

No hago más que tomar precauciones. Vuestro amo reconocerá mis intenciones como mejores de lo que él cree. ¿Habéis dicho trescientos mil escudos de oro?

EL CONDE

Yo había dicho doscientos.

EL GRAN MAESTRE

Serán trescientos, si gustáis. ¿Cuándo estaréis de vuelta?

EL CONDE

Os pido hasta mediodía.

EL GRAN MAESTRE

¡Imposible! ¡Tenéis dos horas; ni un minuto más! Ya hemos perdido mucho tiempo en charlar.

EL CONDE

¡Monseñor, monseñor, os lo conjuro!... ¡Daremos los trescientos mil escudos; pero no traigáis a este negocio recuerdos de animosidad personal!

EL GRAN MAESTRE

Hace poco me habéis amenazado sordamente con la reina... ¡Ya véis si estoy intimidado! ¡Va-

mos, señor conde, cobrad ánimo! Os concedo todo el tiempo que pedís y dos horas más de añadidura. ¿Soy tan diablo?

EL CONDE

Gracias. El Santo Padre apreciará lo que os debe. No por eso estamos menos en una posición horrible.

EL GRAN MAESTRE

Vamos, vamos, no os entristezcáis. Nuestra alianza bien vale por la de Venecia. Vosotros perdéis la Romaña; pero ¿quién sabe si no ganaréis otra cosa? No hay que menear la cabeza con ese aire desesperado. Adiós; acordáos de tener buena fe.

EL CONDE

Adiós, monseñor. Seré puntual a la cita.

EL GRAN MAESTRE

Solo.

En el fondo, no iba él completamente descaminado. La reina Ana no es blanda en materia de devoción; y, sobre todo, desde la muerte de mi hermano mi posición no es tan firme... Es verdad que el rey está furioso contra el Papa y quiere destruirle a toda costa... Trescientos mil escudos de oro son buenos de recibir, sobre todo cuando el resultado es de tal naturaleza que satisfaga al rey y no moleste a la reina... Julio tratará de en-

gañarme..., pero... no está escrito que yo me deje atrapar por estos embusteros de italianos... A Dios gracias, les conozco, y...

#### IBO D'ALEGRE

¿Tenéis intención de visitar las posiciones, monseñor?

#### EL GRAN MAESTRE

Iba a enviar en busca vuestra. ¡Vamos!

---

Cerca de una fogata de vivaque. El capitán Bayardo, el bastardo Du Fay, alférez de su compañía; el capitán Molard, el capitán Sucker, jefe de aventureros franceses y alemanes; el capitán Jacobo Zemberg, comandante de los suizos. Una mesa grosera está puesta junto al fuego, cargada de jamones, salchichones, pollos, botellas y vasos de hojalata, de estaño, de cuerno o de madera. Los convidados están sentados en bancos o escabeles, cogidos por las chozas. Alrededor de la mesa, un biombo, construido por los soldados con capotes puestos sobre pértigas. Antorchas de resina arden en la punta de altas estacas plantadas en tierra. Los gentileshombres ceñan; pajes y lacayos les sirven.

#### EL CAPITÁN SUCKER

En la guerra, no hago caso más que de la bravura. De lo demás, no se me da cuidado.

#### EL CAPITÁN BAYARDO

En lo cual, compañero, no os mostráis hombre muy sensato. Yo hago caso de la bravura; pero otro tanto de la razón; porque con la razón se tiene disciplina, de la cual se ha hablado muy poco hasta hoy en nuestros ejércitos.

## EL CAPITÁN MOLARD

Cuando uno de mis hombres se pone a hacer de diablo, yo hago de Satanás, y no vuelve a las andadas. Creedme, monseñor de Sucker; abandonemos las rancias costumbres salvajes de saquear, de incendiar, de despanzurrar. Son locuras que arruinan a quienes las hacen. Soy del parecer de monseñor de Bayardo.

## BAYARDO

He aquí un asado de buena pinta, y viene muy a propósito después de una cabalgada tan larga como la de hoy. Puesto que monseñor de Molard tiene a bien aprobar mi modesta cordura, os diré que desde mi venida a las guerras de Italia (y esto data del año 1494, es decir, hará cosa de diecisiete años) he visto hartos cambios notables efectuarse en todas las cosas, tanto entre los italianos como entre nosotros.

## EL BASTARDO DU FAY

No hace tan largo tiempo, monseñor, que llevo yo vuestra bandera y, no obstante, yo también he visto mudanzas.

## BAYARDO

Cuando vinimos con el rey Carlos, de victoriosa memoria, éramos como unos buenos campesinos

reci3n salidos de sus aldeas, zafios, fachosos, y los italianos se burlaban de nosotros; como nosotros mismos nos re3mos hoy de nuestros lansquenetes, que nos parecen r3sticos, dicho sea sin ofenderos, monseñor de Sucker.

#### EL CAPITÁN SUCKER

¡Nosotros tenemos en Alemania mayores sabios que los vuestros! Los italianos, que tienen tantos humos, no desdeñan dirigirse a nosotros para obtener arquitectos. Nosotros les edificamos su Domo de Milán; y nuestros pintores, como Alberto Durero, les dan lecciones.

#### BAYARDO

¿V3is c3mo tengo raz3n para decir que hay muchas novedades desde hace algunos años? ¡En las proximidades de la batalla de Fornovo jam3s hubierais o3do a un capit3n de lansquenetes jactarse en un vivac de arquitectos y de pintores! S3lo se pensaba entonces en el vino, en las mozas, en el merodeo, y cuadros y estatuas no eran buenos m3s que para hacerlos ańicos.

#### EL BASTARDO DU FAY

¡Sin embargo, es verdad! Hoy miramos como a salvajes y brutos a aquellos que tal hacen: que son tan s3lo los reci3n venidos de Francia. Al

cabo de seis meses de permanencia comiézase a tener gusto por esas bellas cosas y se vuelve uno refinado.

## BAYARDO

Hay además otro punto; en aquel tiempo, ni por oro ni por plata hubiéramos decidido a un hombre de armas italiano a batirse. Hoy no conozco más bravos que el señor Alviano, el señor Andrés Gritti y otros muchos...

## EL CAPITÁN MOLARD

Y el Papa Julio II.

## BAYARDO

Es verdad... Quisiera yo ver el día en que se combata entre gentes de guerra y sin atormentar a esos pobres habitantes de las ciudades y de los campos; ellos no pueden ya con las discordias de los príncipes.

## EL CAPITÁN JACOBO ZEMBERG

¡Me llega por debajo de esos capotes un viento abominable! ¡Tengo los pies helados! ¡Pillastres de soldados! ¿No podéis arreglarme ese armatoste? ¡Os tiraría de las orejas, bigardos!

Llegan el gran maestre de Chaumont, Ibo d'Alegre, oficiales, hombres de armas.

EL GRAN MAESTRE

¡Capitanes, buenas noches y buenos días! ¿Tenéis un dedo de vino que dar-me? ¡Gracias, monseñor de Bayart! ¡A vuestra salud, señores!

BAYARDO

¡A la vuestra, monseñor, y concédaos el cielo lo que vuestro noble corazón desee!

Beben todos.

EL GRAN MAESTRE

¿No ha intentado el Papa huir por vuestro lado?

BAYARDO

Como no escape por el vuestro, estad seguro de que no será por el mío.

Riense.

## EN BOLONIA

Una calle cerca de San Petronio. Por la mañana; concurso de pueblo, artesanos, mercaderes, nobles, soldados.

### UN CARNICERO

Si sólo hace falta un empujón para echar al Para fuera, ¡dómoselo! ¡Vivan los Bentivoglio!

### EL PUEBLO

¡Vivan los Bentivoglio! ¡Viva Bolonia! ¡Libertad!

Entra Francia y sus discípulos Francesco Caccianimici, Amico Aspertino, pintores.

¡Viva la escuela de Bolonia! ¡Abajo los romanos!

### UN PANADERO

Maestro Francia, ¿qué decís de todo esto?



## FRANCIA

Digo que Miguel Angel es un insolente, y su señor no vale más que él. ¡Vivan los Bentivoglios!

## EL PUEBLO

¡Viva Bolonia!

## CACCIANIMICI

¡Sí, hijos míos, viva Bolonia! ¿Acaso esta hermosa ciudad es menos digna de ser libre que Florencia, que Lucca y tantas otras ciudades?

## EL PUEBLO

¡No, no! ¡Viva Bolonia! ¡Vivan los Bentivoglios!

## ÚNICO ASPERTINO

¡Cada uno en su casa! ¡Ciudad libre! ¡Basta de sujeción!

## EL PUEBLO

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Vivan los Bentivoglio!

## UN PANADERO

¡Necesitamos un príncipe que coma nuestro dinero y el suyo entre nosotros y no en otra parte;

que nos construya iglesias y palacios, y no a los  
romanos! ¡Viva Bolonia!

## EL PUEBLO

¡Vivan los Bentivoglio! ¡Libertad! ¡Libertad!  
¡Al palacio! ¡Abajo el Papa!

## ASPERTINO

¡Vamos a romper la estatua de Miguel Angel.  
¿Queréis?

## EL PUEBLO

¡Abajo la estatua!

## CACCIANIMICI

¡Está dicho! ¡Vamos!

Toda la muchedumbre les sigue dando fuertes gritos.

## EL PALACIO

Julio II, en su sillón, con un bastón en la mano; el cardenal de Pavía, el cardenal Regino, el obispo de Gurck, Miguel Angel, el conde Juan Francisco Pico.

JULIO II

¿Continúa esa sedición? ¿No cesan esos gritos?  
¿Estás loco, Regino? ¿No he dado ya órdenes?

EL CARDENAL REGINO

Santísimo Padre, los suizos han cargado dos veces y han sido rechazados.

JULIO II

¡Caballería y dos bombardas! ¡Corred! Si dura la trapatiesta, iré yo mismo.

El cardenal Regino, sale.

Es un poco flojo, pobre hombre. Conde Pico, aunque todavía no es hora de dar la respuesta a monseñor de Chaumont, vas a volver junto a él.

EL CONDE

Bien, Santísimo Padre.

JULIO II

Le dirás que consiento en todo, por no estar en una situación de discutir nada, y que, en prueba de mi buena fe, le ruego me envíe el tratado, concebido y redactado como le parezca. Procurarás protestar a cada artículo y alargar las cosas. Luego me traes el tratado para que yo lo firme. De esta manera tenemos por delante hasta la noche, y aun hasta mañana por la mañana, si queremos.

EL CONDE

En voz baja.

¿Sabe Vuestra Santidad dónde están los españoles y los venecianos?

JULIO II

Unos y otros llegarán una hora después de mediodía. Acaricia a tu gran maestro, retenle; trata de que no se ponga en marcha. Yo tendré el placer de sorprenderle a mi vez, de envolverle, de apretarle, y ya verán lo que yo hago de ese malvado ultramontano que pretende poner su mano innoble sobre el hombro del vicario de Cristo. ¡Anda, hijo mío!

El conde Pico se arrodilla; el Papa le bendice bruscamente.

¡Vamos, anda, Miguel Angel, hijo mío! ¿Dónde están tus dibujos de fortalezas?

MIGUEL ANGEL

Santísimo Padre, éstos son.

EL PAPA

Vete sobre el terreno, trázame inmediatamente los cimientos y comienza los trabajos. Necesito también minas, y desde hoy te ocuparás en instalarme la fundición de cañones, cuyo plano me enseñaste.

MIGUEL ÁNGEL

Si hago de ingeniero y fundidor, no puedo hacer de escultor y pintor. El día menos pensado os quejaréis de que no adelantan los trabajos de la Sixtina y las estatuas de vuestra tumba.

JULIO II

Golpeando el suelo con el bastón.

¡Ciertamente, me quejaré, y harto motivo tengo para quejarme! ¡Todos sois unos haraganes! ¡En vez de aburrirme con tus observaciones, ya hubieras debido concluir la tarea! ¡Lárgate!

Miguel Angel sale.

Cardenal de Pavía, ¿no acabas de decirme cómo el emperador pretendía ser Papa, en lugar mío, y tomaba el título de *Pontifex Maximus*?

#### EL CARDENAL DE PAVÍA

Sí, Santísimo Padre; Luis XII le ha metido en la cabeza esa majadería.

#### JULIO II

Eso es una insolencia. Ordeno a los secretarios de breves que me intitulen "César" en lo sucesivo. Tanto soy de derecho el emperador universal como representante de Dios en la tierra.

Oyese una descarga de artillería.

¡Bueno! ¡Hete aquí a los boloneses que reciben mi metralla a través de las piernas!

Varios prelados y obispos se acercan.

¿Qué queréis?

#### UN OBISPO

La persona de Vuestra Santidad corre cruel peligro. Los franceses, el pueblo, todos os amenazan. ¿No sería el momento de usar la prudencia y moderación? Me veo incitado a emplear con vos este lenguaje, Santísimo Padre, por nuestros venerables hermanos aquí presentes... Considerad que vuestra salud está gravemente alterada; y,

además, nosotros somos unos viejos sin defensa, y si nos es preciso sufrir las violencias de la soldadesca o las de un populacho amotinado...

## JULIO II

¿Qué quiere este imbécil?... ¿A qué viene toda esa palabrería?... Llamad a mis criados; quiero que me suban a lo alto de la catedral, a fin de ver qué pasa en el campo. Pero no..., esperad... Cardenal de Pavía, dame el brazo... Tú, aquí, capitán, acércate... ¡Tu brazo! ¡A fe mía, puedo ir!... ¡Vamos, pues!

## R O M A

En casa de Janus Corycius, de Luxemburgo. Salón con un asunto mitológico pintado en el techo; frescos en las paredes; piso de mosaico; jarrones llenos de flores; las ventanas abren al jardín, y en el fondo se ven las casas de un barrio de la ciudad entremezcladas con árboles. Agustín Chigi y su hermano Segismundo Chigi, sacerdote; Bramante, Bernardo de Bibbiena, la Imperia, Rafael, el datario Bartolomé Turini da Pescia, Giacomo Sansecondo, el músico; otros invitados. Toda la sociedad está esparcida formando grupos en la vasta sala, unos hablando y riéndose en pie, sentados otros en sillones, sillas de tijera o cojines.

### BRAMANTE

A Rafael.

Deja un momento a la señora Imperia, y escucha lo que tengo que decirte. Miguel Angel...

### RAFAEL

Dejadme divertirme un instante. Estoy muerto de fatiga y atontado del trabajo. Si Miguel Angel intriga contra mí, vos hacéis el diablo contra él, y en paz, por tanto.



## BRAMANTE

Creo que tu ligereza de cascos es por lo menos igual a tu talento. Miguel Angel dice en todas partes que lo que tú sabes lo has aprendido de él.

## RAFAEL

Algo me ha enseñado, es verdad; pero yo no creo que suelte la sandez que le atribuí. Es un hombre de humor desagradable, pero no un pícaro. Después de todo, está en Bolonia con el Papa; dejémosle en paz. Ha tenido increíbles insolencias con mi amigo el maestro Francia, que no puede perdonárselas.

## BRAMANTE

Por desgracia, Buonarotti es omnipotente con el Santo Padre; y como nunca pierde una ocasión de dañarte, día llegará en que...

## RAFAEL

Con impaciencia.

Llegará día en que, a fuerza de azuzarnos al uno contra el otro, los mejores amigos de cada uno de nosotros nos habrán transformado en enemigos mortales; lo cual será una vergüenza, y yo lo he de resistir con todo mi poder.

BRAMANTE

Hubiera querido yo que te encargasen por lo menos la mitad del techo de la Sixtina. ¡Pero Miguel Angel todo lo acapara!

RAFAEL

¿No tenéis nada más que decirme?

BRAMANTE

Ve a divertirte, puesto que no tienes sangre en las venas.

RAFAEL

Me es imposible exasperarme contra nadie, y sobre todo contra un hombre a quien admiro. ¿No tengo más trabajos de los que bastan a mis fuerzas?

JANUS CORYCIUS

Maestro Rafael, ¿habéis visto el grupo de la Santísima Virgen y de Santa Ana, ejecutado para mí por el maestro Andrés Sansovino, en la iglesia de San Agustín?

RAFAEL

Hoy mismo le he admirado, y es una de las más bellas obras de este tiempo. No olvido que de mí deseáis una figura en esa misma iglesia.

## JANUS CORYCIUS

Os lo suplico, maestro Rafael; realizad vuestras buenas promesas. ¿Cuándo vais a comenzar?

## RAFAEL

¡Oíd! Yo os haría una sibila con laurel alrededor de la cabeza. ¿Os gustaría eso?

## JANUS CORYCIUS

¡Sí! Pero ¿será una sibila joven o una vieja sibila?

## BIBBIENA

Considerad, querido Rafael, que el señor Corycius tiene pasión por la belleza.

## RAFAEL

Mi sibila es todo lo que la naturaleza ha creado, todo lo que el espíritu puede concebir de más amable y... Pero he aquí al reverendísimo cardenal Juan de Médicis.

Entra el cardenal. Abraza a Rafael.

## EL CARDENAL

A ti te amo como si fueses hijo de mis entrañas, y tanto, que estoy casi celoso de tu amistad con el señor de Bibbiena.

## BIBBIENA

Monseñor, Rafael ama tantas cosas, ama a tanta gente y tiene el corazón tan bien amueblado de todos los sentimientos propios al afecto, que no es necesario disputarse su amistad.

## SEGISMUNDO CHIGI

Por mi parte, en este momento pido se le den las gracias por haber puesto en su cuadro de la Teología la figura del grande, del santo, del venerable mártir fray Jerónimo Savonarola. Día llegará en que todo el mundo haga justicia a este grande hombre, y yo bendigo al maestro Rafael por haber sido uno de los primeros en preparar su triunfo.

## RAFAEL

Ese mérito no me corresponde. Pertenece todo entero al señor conde Baltasar Castiglione y a mi otro guía Luis Ariosto; ambos me han dado pareceres acerca de los santos y los sabios doctores que debía introducir en mi composición.

## IMPERIA

Reverendísimo señor cardenal, ¿no tenéis ojos hoy más que para el maestro Rafael?

## EL CARDENAL DE MÉDICIS

¡Ah, señora, cuán confundido quedo! En efecto, ¡tengo tan mala vista! ¡No os había percibido aún!

## IMPERIA

No os necesitamos, monseñor; basta con que no impidáis a Giácomo cantar. Ya véis, está templando su laúd.

## EL CARDENAL

¿No me permitiréis, cruel, que me siente a lo menos un minuto a vuestro lado?

## IMPERIA

¡Ah, monseñor, no pensáis más que en estatuas, cuadros y libros!

## EL CARDENAL

¿Y nunca en la Afrodita viva?

Hablan en voz baja. Sanscondo comienza a cantar. Entra Miguel Angel.

## JANUS CORYCIUS

Sed bien venido, señor Buonarotti.

MIGUEL ÁNGEL

No os mováis. Cumplida mi misión, me retiro. Saludo al reverendísimo cardenal. Buenas noches, maestro Rafael. El Santísimo Padre me envía expresamente para advertir a monseñor de Bibbiena que vaya a reunirse con él al instante... Ha dicho que al instante, sin perder un minuto.

EL CARDENAL DE MÉDICIS

Pues ¿qué ha ocurrido?

MIGUEL ÁNGEL

Los franceses y los Bentivoglios nos han sorprendido en Bolonia...

TODOS

¡Ah, gran Dios! ¿Está prisionero el Papa?

MIGUEL ÁNGEL

Se ha burlado de los franceses, ha aplastado a los boloneses. Los venecianos y los españoles han tenido tiempo de acudir en socorro nuestro; los franceses han huido a Milán. Señor de Bibbiena, ¿venís? Tengo que regresar, sin perder una hora, para dirigir el sitio de la Mirándola.

## EL DATARIO BARTOLOMÉ TURINI

¿No vuelve aquí el Papa?

MIGUEL ÁNGEL

Después de la Mirándola iremos a tomar a Ferrara; después, ya veremos. Partamos.

JANUS CORYCIUS

¡Vaya un hombre que es este Papa. ¡A su edad!

AGUSTÍN CHIGI

¿Él? No tiene edad; es puramente un foco inextinguible de energía. De él salen, como torbellinos, llamas, chispas y humo.

EL CARDENAL

¡Y explosiones de volcán! Lástima me dan la pobre ciudad de la Mirándola y la desventurada condesa Francisca Trivulzio. Será expulsada de su casa, con sus hijos, como una mendiga. Partid, monseñor de Bibbiena; el Papa no gusta de esperar.

BERNARDO DE BIBBIENA

Os sigo, maestro Miguel Angel. Buenas noches, Rafael, hijo mío. ¡Diviértete mucho!

RAFAEL

Lo haré lo mejor que pueda. Buenas noches, maestro Buonarotti; dadme la mano.

MIGUEL ÁNGEL

¡Cuando vuelva! Buenas noches, monseñor y señores míos.

Salen Bibbiena y él.

IMPERIA

¡Qué hombre más desabrido!

JANUS CORYCIUS

¡Pensemos en divertirnos! La cena está dispuesta.



## LA MIRÁNDOLA

Una sala en el castillo. La condesa Trivulzio, sus hijos, sus damas, oficiales de la guarnición; un parlamentario del duque de Urbino, general de las tropas de la Iglesia.

### LA CONDESA

Ya os he contestado, señor. No rendiré mi ciudad al Santo Padre. Es el patrimonio de mis hijos. Defiendo sus derechos y la justicia.

### EL PARLAMENTARIO

Señora, monseñor el duque de Urbino tiene buenas artillerías y más tropas que vos. Si le obligáis a dar el asalto, no responde de las consecuencias.

### LA CONDESA

Soy la hija de Juan Jacobo Trivulzio; no me hielan la sangre las amenazas. Ya sabéis mi última palabra. Volveos junto a vuestro señor.

EL PARLAMENTARIO

Señora, dignaos considerar...

LA CONDESA

¡Acompañad a este capitán!

## M I L Á N

El palacio ducal. Gastón de Foix, duque de Nemours, capitán general de las tropas francesas en Italia; el gran maestro de Chaumont, gobernador del Milanesado; el señor de Clermont-Montoison, comandante de las fuerzas auxiliares francesas dadas al duque de Ferrara; el príncipe de Anhalt, general de las tropas del emperador; Luis de Brézé, gran senescal de Normandía, comandante de los gentileshombres de la casa del rey; los capitanes Ibo d'Alegre, Bonnet, Mauviron, el bastardo de Cléveris y otros oficiales. Consejo de guerra.

### GASTÓN DE FOIX

Señores míos y capitanes: la voluntad del rey es no dejar eternizarse las cosas. Pretende poner fin a las empresas del Papa Julio II. Este preténso Pontífice, más rudo con los príncipes cristianos que lo sería el turco, quiere despojar de sus bienes a cada uno y enriquecerse a expensas de todos. Aliado malvadamente con los españoles, que son la perfidia misma, y con los venecianos, que pudieran llamarse los padres de la mentira, el sedicente Santo Padre no esconde su voluntad de mandarnos más allá de los Alpes, arrancándonos el Milanesado. Quiere tomarlo todo, tenerlo todo.

Con este buen propósito, excitando al turco contra el emperador y a los ingleses contra nosotros, hace talar las costas atlánticas al mismo tiempo que las campiñas húngaras. Hasta aquí hemos contemporizado todo lo posible y opuesto paciencia y dulzura a este exceso de rabia. Procediendo por vía de razón, hemos reunido un concilio, poco numeroso, es verdad, pero compuesto de los doctores más dignos de confianza. Julio II no ha sentido escrúpulo de sublevar al populacho de Pisa contra esta santa asamblea, que hemos tenido que transferir aquí para ponerla en seguro. En lo sucesivo, no cabe duda de que la guerra sin cuartel es lo que únicamente podrá acabar con la malicia del Papa. Así, os lo repito, no andaremos ya con remilgos; y el rey cuenta con que no se harán esperar los resultados. Por eso os he reunido. Dignaos, pues, hacerme saber, señores míos y capitanes, si vuestras tropas están preparadas para entrar en campaña, y lo que pensáis acerca de la situación en que estamos.

#### IBO D'ALEGRE

Puesto que tantos señores más considerables que yo no dicen palabra, me atrevo a deciros que si tenéis la intención de combatir es preciso hacerlo bien, fuertemente, con viveza, sin perder minuto, pues el enemigo que tenéis enfrente es tal, que os ha dado y os dará mucho que hacer. Cuando monseñor el gran maestro ha estado a punto

de cogerle en Bolonia, al día siguiente estaba en campaña como un pobre aventurero de veinte años. El capitán Bayardo se puso en su pista para sorprenderle, y Julio II, con sus propias manos, ayudó a alzar el puente levadizo del castillo de San Félix que le libraba de nuestro bravo caballero. Ahora, este terrible adversario debe de estar en persona delante de la Mirándola. Su sobrino, el duque de Urbino, ha tomado a la Concordia; los españoles, con el virrey don Raimundo de Cardona y una infantería admirable, avanzan contra nosotros; los venecianos amenazan a Brescia, y como en ella tienen muchas gentes que les son favorables, creo que la tomarán. En fin, los suizos se amontonan allá arriba, en las montañas que hay sobre nuestra cabeza; y el Papa, con una palanca de plata, va a hacerlos rodar sobre nosotros. Apresurémonos, pues; y si queremos salvar a Ferrara, tomemos a Bolonia.

#### LUIS DE BRÉZÉ

Vuestros razonamientos son exactos, capitán d'Alegre; pero Bolonia no es fácil de tomar. El cardenal Regino ha sido reemplazado por el cardenal de Pavía; éste es un soldado que no se dejará coger. Aparte de eso, el duque de Urbino se halla en estado de darnos bastante que roer, para que los españoles tengan tiempo de acudir. En tal caso, habría que levantar el sitio.

## IBO D'ALEGRE

Bolonia tiene la revuelta ardiendo en las entrañas, y si hacemos nada más que ademán de dar el asalto, al instante los ciudadanos nos abrirán las puertas; el cardenal tendrá que huir y largarse muy lejos.

## GASTÓN DE FOIX

Señores, pienso como el capitán d'Alegre, y os pido estemos pronto de aquí a cuatro días.

## DELANTE DE LA MIRÁNDOLA

En la brecha. Los fosos están cubiertos de hielo. Los hombres de armas y la artillería pontificia, bajo las armas; dos baterías tiran aún, para agrandar la entrada. Julio II, el duque de Urbino, los cardenales Rafael Riario del Carretto, Galeotto de la Róvere, Francisco Romolino y Luis Borja, el capitán Juan Pablo Baglione, los secretarios, los camareros, los suizos de la guardia, el Papa y todas las personas de su séquito, cubiertos de pieles y capas de capuchón; hace mucho frío.

JULIO II

¡Bueno! ¿Se acabó?

EL DUQUE DE URBINO

La ciudad se ha rendido. Vamos a hundir una de las puertas muradas, con el fin de dar paso a Vuestra Santidad.

JULIO II

¡De ningún modo! Entraré por la brecha. ¿Dónde está la condesa Francisca?

## EL DUQUE

Aguarda a Vuestra Santidad en el castillo.

## JULIO II

Que se retire adonde quiera. ¡Marchemos! Y esta tarde partiremos para Ferrara.

Entra un mensajero.

## UN MENSAJERO

Santísimo Padre, Bolonia está en manos de los franceses.

## JULIO II

¿El cardenal ha rendido la plaza?

## EL MENSAJERO

La población se ha insurreccionado y ha abierto las puertas.

## JULIO II

¿Habíais, pues, dejado una guarnición insuficiente, Francisco María?

## EL DUQUE DE URBINO

Santísimo Padre, yo os había obedecido punto por punto.



## JULIO II

¿Es decir, que, según vos, el cardenal de Pavía, ese Alidosio en quien yo tengo toda confianza, es un necio, un cobarde o un traidor? ¡Responded!

## EL DUQUE DE URBINO

Paréceme que si alguien debe de haberse conducido mal, es más bien él que yo.

## EL PAPA

Pondré en claro este asunto... Me es sensible..., podéis creerlo, y ninguna consideración contendrá mi justa cólera. ¿Dónde está Miguel Angel?

## MIGUEL ÁNGEL

Aquí, Santísimo Padre.

## EL PAPA

Da pronto órdenes para que se levanten las defensas de la plaza y se pongan en estado de resistir. Haz las obras de que hemos hablado juntos, y vuelve a Roma a escape para hacer avanzar mi tumba. Cuando veo lo que veo y sufro lo que sufro, quisiera haber bajado ya a ella. ¡No, son hartas miserias!

## R O M A

Un taller de pequeñas dimensiones. Muebles esculpidos; bellas telas de púrpura, azul, oro y plata; una estatua antigua de Palas, un busto de Psique; vasos llenos de flores, cuyo olor refresca y perfuma el aposento. Rafael, ante su caballete, trabajando en el retrato de madama Beatriz de Ferrara.

### RAFAEL

No me acontece a menudo estar solo... solo... largo tiempo..., pudiendo, a mi antojo, pensar y sentir... sin estar bajo el peso de ninguna idea inmediata que me mande y me trate como esclavo... ¡No! Hoy me hallo conmigo mismo, soy mi único compañero..., gozo a mis anchas, y sin que nada me lo dispute, de cada bocanada del placer que me viene de estas delicias de la soledad, tan penetrante, tan viva, que los sentidos irritados no podrían soportarla mucho tiempo. ¡La imaginación del hombre es tan débil! Necesita constantemente auxilios exteriores para sostenerse en los aires; y cuando esos auxilios son harto raros y no se renuevan de continuo, entonces la pobre avecica cae lánguida y no se menea más. ¡Qué

lástima!... ¡Porque ella se siente más viva en esos breves instantes en que se basta a sí misma! Entonces es cuando ha concebido lo que pude crear de más bello. Sí, entonces es cuando me he acercado más al Creador, que me ha hecho lo que soy, a los objetos celestes que yo puedo expresar, a la aun más divina ternura que yo puedo sentir... La naturaleza es profunda; pero el alma que la penetra ¡es una llama tan jocunda y tan alegre! En vano todas las calamidades de la tierra y de los infiernos pesan sobre el hombre, pesan sobre todo sobre nosotros los italianos, atormentados por los bárbaros, los príncipes, las repúblicas, las facciones y tantas variedades de criminales. ¡La alegría, la vida, la fecundidad nos arrebatan; nada nos eleva en un éter olímpico! Y los sabios, y los poetas, y los literatos, y los anticuarios, y los impresores, y los pintores, los escultores, los arquitectos, los grabadores, los imagineros, los iluminadores, todo, todo, todo lo que en una forma, de un modo cualquiera, se ha hecho capaz de expresar un pensamiento, un matiz del pensamiento, un átomo tenuísimo y diminuto de una idea, todo está en obra, trabaja, no se deja desviar, acumula efectos sobre efectos y atraviesa por los desastres ¡con la luz del genio en la frente, la sonrisa en los labios y su obra en la mano! ¿Quién nos da tal valor, tal virtud, este poderío que no se vió jamás? Atenas no conocía más que las invenciones griegas, una arquitectura admirable, una escultura incomparable, pero una pintura es-

clava de su gloriosa hermana, y las ciencias limitadas allí donde no lo estaba la poesía. ¡Esto era su lecho! A nosotros, ¡qué superiores riquezas nos colman y qué liza muchísimo más vasta se halla abierta a nuestros esfuerzos! ¡No tenemos nosotros lo que poseía la antigüedad, y además lo que nuestros padres aprendieron por sí mismos? Estamos obligados a representar como Policeto y Zeuxis, los dioses paganos, pero también los santos de la Jerusalén celestial; y los filósofos, pero también los doctores... ¡Pues bien! Lo haremos todo, llegaremos a todo, y el universo, transformado por nuestras manos, se renovará. ¡Habremos conseguido expulsar, si no todo el mal, a lo menos lo que tiene de más horrible! ¡No es verdad esto que yo siento? ¡Podría engañarme la pasión que me transporta? ¡De qué serviría sentirla? ¡Por qué el cielo, de donde ciertamente emana, habría de enviármela si debiera permanecer estéril?... ¡Qué realidad adquiere este retrato!... ¡Es mi Beatriz!... ¡Cómo circula la sangre en este rostro dorado!...

Se vuelve y ve a Beatriz en el quicio de la puerta.

¡Ah, tú misma estás aquí! ¡Aquí te tengo, querida mía, mi luz, mi estrella!

#### BEATRIZ

¡Trabaja, Rafael, Rafael mío! ¡Así es como más te amo!

## R Á V E N A

Un aposento en el palacio. Julio II, el cardenal Riario; Bernardo de Bibbiena; secretarios. El Papa dicta despachos.

Entra Matthias Scheiner, cardenal de Sión.

JULIO II

¡Por el cuerpo de Dios! ¡He prohibido que me interrumpán! Tú, sella esta carta y que el correo salga al instante para Inglaterra. ¿Qué hay, Matthias?

EL CARDENAL MATTHIAS SCHEINER

¡Una desgracia!

JULIO II

¿Qué desgracia?

EL CARDENAL SCHEINER

El cardenal de Pavía se dirigía aquí y venía a justificarse con Vuestra Santidad por haber perdido a Bolonia.

## JULIO II

¡Si he perdido a Bolonia, volveré a tomarla!  
¡Haced entrar al cardenal! Puede haber sido débil; no le creo traidor. ¡Que venga!

## EL CARDENAL SCHEINER

Monseñor el duque de Urbino, temiendo que el cardenal le echase la culpa a él...

## JULIO II

¡Basta de semejantes bolas! ¿Soy algún vejatorio ridículo a quien se le hace la mamola?... ¿Se burla de mí Francisco-María? Que se dé prisa el cardenal. Yo le escucharé, y si faltó el duque de Urbino, él será castigado... ¡Vamos! ¿Qué significa esto?... ¿Por qué este silencio?... ¿Hablarás?... Vete a buscarme a Alidosio.

## EL CARDENAL DE SIÓN

Monseñor de Urbino acaba de encontrarle en la calle, delante del palacio; se ha ido a él...

## JULIO II

¡Bueno! ¿Le ha dicho injurias? ¡Es un aturrido! Yo arreglaré eso...

EL CARDENAL DE SIÓN

Es que no es eso. Santísimo Padre... Le ha...

JULIO II

¡Por todos los santos! ¿Se habrá atrevido a pegarle?... ¿Alzar la mano contra un príncipe de la Santa Iglesia romana?... ¿No quieres decir...? ¿No le ha golpeado?...

EL CARDENAL DE SIÓN

¡Santísimo Padre...!

JULIO II

¡Sangre de la Madona! ¡Habla, pues!...

EL CARDENAL DE SIÓN

¡Le ha... le ha dado de puñaladas!

JULIO II

¡Apuñalado!... No es posible... este...

EL CARDENAL DE SIÓN

Le ha apuñalado, y el cardenal de Pavía está ahí abajo, muerto en el acto, y la muchedumbre en derredor de él... Yo he visto que iban a llevarse el cadáver.

## JULIO II

Anonadado, cae en un sillón.  
Se cubre los ojos; luego levanta la cabeza, mira en torno y dice con voz sorda:

¡Salid todos!... ¡Sí, todos!... No... ¡Quédate ahí... tú... Matthias.

Los circunstantes se alejan, salvo el cardenal de Sión.

## JULIO II

He tenido muchas mudanzas de fortuna en mi vida... He sufrido muchas miserias... y muchos contratiempos... y desgracias..., grandes infortunios; pero no había sentido el asco de la vergüenza, del envilecimiento, de la bajeza... ¡No había sentido romperse nada dentro de mí! Y es mi propio sobrino, el que más cerca está de mi carne, de mi sangre, de mi persona, de mi voluntad, de mi alma; es esa parte de mí mismo quien viene a infligirme su abatimiento, que... No digo que yo vacile, que esté dispuesto a ceder en nada... Pero confieso, sin embargo... Sí, amigo mío... Me has dado un golpe terrible... Me siento débil, Matthias... Ya no tengo fuerza... No sé lo que me pasa...

## EL CARDENAL DE SIÓN

Sírvese Dios de nuestros más caros afectos para enviarnos nuestras aflicciones más rudas.



## JULIO II

Esta..., esta es un poco fuerte. En todo caso, hubiera podido venir en otro momento, porque hoy tú sabes cómo cruje por todas partes nuestro edificio. Yo no busco más que la mayor gloria del pontificado; tú lo sabes, tú, Matthias. Yo manejo un gran poder, es verdad. Pero quiero más de lo que consigo. Estoy devorado de deseos más allá de lo posible... He ahí lo que soy...; bien lo comprendo ahora: todo se hunde, se borra... Tropezco a cada paso. Obstáculos, ¡y de mil especies!, pululan bajo mis pies. La maldad, la bajeza, la arrogancia, todos los vicios del infierno se entrelazan y se sueldan unos con otros; forman una red inextricable. ¡Estoy por ella envuelto, agarrado, y para postrer golpe, he aquí ahora que el frenesí furioso y sanguinario surge de la proximidad de mis riñones, sale de mi sangre misma para detenerme! Tú comprendes que para lo sucesivo estoy deshonorado... ¿Lo comprendes?... ¿Lo ves? ¿Lo confiesas? ¡Tú, un suizo brutal y sin escrúpulos!... Mis enemigos tienen a su devoción a ese sedicente concilio, ridícula reunión de viles títeres... ¡Ese Santa Croce!... Me acusan ya de ser un borracho... Porque soy viejo y mi cara está enrojecida por el trabajo y mis manos tiemblan algunas veces, aunque el peso de mi voluntad aun sea hartamente grande para sus cráneos espesos... ¡Y ese Luis de Francia, un patán, un paleta vulgar,

dirá que yo degüello a los cardenales a ejemplo del simoníaco envenenador barrido antes de mí de la cátedra de los apóstoles! ¿Qué quieres tú que yo haga? ¡Mi perdición está consumada!... ¡Tengo gana de tumbarme en tierra y abandonarlo todo a la perversidad de mis enemigos!

#### EL CARDENAL DE SIÓN

Es una gran desgracia... Pero, sin embargo, cuando se tiene alguna energía, aun es posible reponerse de todo.

#### JULIO II

Dame un vaso de vino...; allí... en aquella credencia...

Bebe.

¡No importa!... El golpe es duro... Alidosio ha rendido a Bolonia, es verdad...; pero, no obstante, era un buen servidor... Y mi sobrino... ¿Mi sobrino?... ¡Un escorpión que se alza contra mí! ¿Qué consideración en el mundo me impedirá aplastarlo?... ¡No, no, no! ¡Haré un ejemplo terrible! ¡Si el crimen espanta, el castigo va a aterrorizar todavía más! ¡No se habrá visto otro desde la condenación de los hijos de Bruto, y veremos lo que se dirá de ello!

#### EL CARDENAL DE SIÓN

Yo creo que no estaríais desacertado. Sin embargo, considerad...

## JULIO II

¡Veamos, veamos! Todo perecerá, pero no yo ni el interés de la Iglesia. ¡Escucha! Me vuelvo a Roma al instante; allí se formará un tribunal inexorable. El ducado de Urbino se agregará al dominio eclesiástico. El asesino... ¡Que le detengan, que le encadenen, que le arrastren a la cárcel del Santo Oficio! ¡De allí no saldrá vivo! Escribe a los cardenales que les doy orden de que vengan al consistorio...

## EL CARDENAL DE SIÓN

Así lo haré.

## JULIO II

Toma nota de esto: Se convoca sin tardanza un concilio, un verdadero concilio en el Vaticano para agravar y reagrar las excomuniones fulminadas contra Luis de Francia, Alfonso de Este y sus fautores. ¿Has escrito?

## EL CARDENAL DE SIÓN

Ya está.

## JULIO II

Sigue escribiendo. ¡El cerco de Ferrara es preciso apretarlo! Escribe a Marco Antonio Colonna, a los venecianos, a los suizos, que mi volun-

tad es inconvencional. Tengo dinero; ¡díselo!... ¡También es menester acabar con el gobierno de Florencia y su imbécil jefe, Soderini! Toma nota de esto... Bueno... El cardenal Juan de Médicis mandará en este caso el ejército de la Iglesia... Tendremos a nuestro favor a todos los partidarios de su casa... Pero... escúchame bien, no quiero que, una vez derribada la actual Señoría, recobren jamás el poder los herederos de Lorenzo... Se les distraerá con palabras... Florencia y la Toscana deben pertenecer a la Iglesia... Dirás a Bibbiena que se entienda conmigo sobre este particular.

#### EL CARDENAL DE SIÓN

He concluído de escribir, Santísimo Padre.

#### JULIO II

Me siento mejor. ¡Eh, que venga alguien!

Entra un camarero.

¡Que me preparen mi litera, y que todo esté dispuesto! Esta tarde partimos para Roma. Mandad que entren mis secretarios. ¡A trabajar!

## BRESCIA

Los franceses toman la ciudad y la saquean. Bandas de soldados, hombres de armas, lansquenetes, aventureros, espada en mano, con transportes de furor, llenan las calles; derriban las puertas, degüellan en todas partes. Suenan trompetas y tambores, tocando a estandarte y asamblea. El estruendo, los gritos, los aullidos, las descargas de arcabuz son incesantes. Gastón de Foix, el capitán Hirigoye, el capitán Molard, espada en mano; los capitanes Bonnet, Maugirón, De Cléveris, lo mismo; todos con casco en la cabeza y muy acalorados.

### EL CAPITÁN MOLARD

¡Acaban de herir vilmente a monseñor de Bayardo!

### GASTÓN DE FOIX

¡Qué desgracia!... ¡Ha muerto?

### EL CAPITÁN HIRIGOYE

¡Casi! Le he visto tendido sobre cuatro picas, y le llevaban a una casa.

## UN HOMBRE DE ARMAS

Llegando a galope.

Monseñor, el capitán d'Alegre os participa que ha rechazado hacia la ciudad a los gendarmes venecianos. ¡Querían huir por la puerta de Santo Nazaro! Les hemos acorralado en la plaza; rodeados, se han rendido. ¡Los tenemos en poder nuestro!

## TODOS LOS CAPITANES

¡Buena presa! ¡A las mil maravillas!

## GASTÓN DE FOIX

¿Tenéis algunos prisioneros de nota?

## EL HOMBRE DE ARMAS

Tenemos a los proveedores Andrés Gritti, Contarini, al podestá Justiniani, capitanes de la República y al conde Avogadro.

## EL CAPITÁN MOLARD

¡Excelente! ¡El condenado autor de la revuelta de Brescia, el hombre que nos ha proporcionado esta ruda jornada!

## GASTÓN DE FOIX

Decid al señor d'Alegre que el conde Avogadro será decapitado al instante en la plaza mayor, y

su cuerpo partido en tantos pedazos como barrios hay en la ciudad.

#### EL CAPITÁN MANGIRÓN

¡Admirable justicia! ¡Cada barrio tendrá su parte! ¡Ah, el doble traidor! ¡Está recompensado dignamente!

#### EL CAPITÁN HIRIGOYE

¡Monseñor, yo no puedo contener a mis gascones! Si no se halla medio de poner fin al saqueo, se acabaron mis bandas. ¡Desafío a que se las junte!

Llega corriendo el capitán Jacob de Empser.

#### EL CAPITÁN JACOB

¡Monseñor, monseñor, ya no puedo sujetar mis lansquenets! ¡Se baten con los gascones!

#### EL CAPITÁN HIRIGOYE

¡Vive Dios! Monseñor Jacob, me responderéis de ellos, y vuestro pellejo me importa tanto como...

#### GASTÓN DE FOIX

¿Estáis loco, capitán Hirigoye? ¡Provocar a uno de vuestros compañeros! ¿Os burláis de nosotros?

## EL CAPITÁN JACOB

Lo cierto es que hace falta separar a esos pillastres, porque si no se destrozarán unos con otros.

## GASTÓN DE FOIX

Capitán Maugirón, tomad cincuenta corazas de mi compañía y cargad contra gascones y lansquenets hasta que suelten la presa. ¡Matad, matad a todo el que se resista!

## EL CAPITÁN JACOB

También voy yo allí para ver de simplificar las cosas.

## EL CAPITÁN HIRIGOYE

¡Cabeza de San Antonio! ¡Ventre de San Quenet! ¡Ah, mil millones de belitres! ¡Mis gascones están en camino de devorarlo todo! ¡Vamos a ver qué es eso, mi querido capitán Jacob!

Salen de prisa; los cincuenta hombres de armas emprenden el galope.

## UN SARGENTO DE BANDAS

¡Monseñor! ¡Un refuerzo! ¡El capitán Joaquín me envía para advertiros de que se está atacando a los aventureros con piedras desde lo alto de las casas, y se les abrasa con pez hirviendo.



GASTÓN DE FOIX

¡Señor de Cléveris, id allá con vuestros peones!

EL BASTARDO DE CLÉVERIS

¡Yo no sé dónde están! ¡No hay diez juntos!  
¡Corro allí yo mismo!

GASTÓN DE FOIX

¡Gendarmes, seguidme!

Parte con el resto de su compañía de escolta; una lluvia de tejas, de muebles, de vigas, cae sobre ellos desde lo alto de los techos.

## UN CONVENTO DE RELIGIOSAS

La iglesia, llena de mujeres y de niños. Gritos de terror.

### LOS LANSQUENETES

¡A saco! ¡A saco! ¡Pillad! ¡Para nosotros las mujeres!

Matanzas y violencias.

---

### INTERIOR DE UNA CASA

El capitán Bayardo, herido, puesto en el suelo. Soldados de la compañía del capitán Molard que le han llevado; un escudero del capitán; su ayuda de cámara, el bastardo de Cordón; la señora de la casa, sus dos hijas, llorando; todas las tres de rodillas.

### BAYARDO

¡No temáis! ¡Nada de llantos! ¡Señora y vosotras, señoritas, yo respondo de vuestra salvación! ¡No tendréis el menor rasguño! ¡Compañeros, poneos de centinela en la puerta! ¡Decid a quienes quieran entrar que yo estoy aquí! ¡La casa me pertenece! ¡Firmes!

## LA SEÑORA

¡Ah, monseñor, salvadnos la vida! ¡Salvad nuestro honor! ¡Pagaremos un gran rescate!

## BAYARDO

¡Yo no me he hecho guerrero por ganancia! ¡Estad tranquilas! ¡Se me va la sangre! ¡Que me echen en una cama! ¡Compañeros, yo os daré el equivalente de vuestra parte de pillaje!

## LOS SOLDADOS Y LOS ESCUDEROS

¡Gracias, muchas gracias, capitán! ¡Nosotros no os abandonaremos! ¡Nadie entrará aquí dentro!

## LAS MUJERES

¡Gloria a Dios! ¡Estamos salvadas!

## BAYARDO

¡No tengan miedo!... ¡Ay, Santa Virgen bendita, cuánto sufro!

Se desmaya.

## FLORENCIA

El palacio Rucellai. Una sala. El gonfaloniero Pier Soderini, Nicolás Valori, Nicolás Maquiavelo, Agostino Capponi, Palla Rucellai.

MAQUIAVELO

Yo no sé si lo que os digo conserva su claridad al pasar por mi boca; pero nada me parece más evidente. El Estado está perdido; caemos en una revolución.

PALLA RUCCELLAI

Yo también lo creo, y no comprendo nada de ello. Sólo pudiera acusar a la perversidad del espíritu público. Florencia posee todas las libertades,

MAQUIAVELO

No ve ella en esto un gran bien.

AGOSTINO CAPPONI

Tenemos la república de nuestros padres.

MAQUIAVELO

Los hijos han adquirido otros hábitos.

PIER SODERINI

Hacedme la justicia de que, en mi manera de gobernar, trato de contentar todos los intereses. ¡Sí, ciertamente!

MAQUIAVELO

Pero no excitáis ningún entusiasmo. Mientras nos condujo fray Jerónimo Savonarola, nuestra población se interesaba por alguna cosa; hallábase excitada, animada, inflamada, y en semejante Estado es uno capaz de sacrificios. Hoy, el aplausamiento es universal. Quisiera equivocarme; pero, os lo confieso, señores y amigos míos, temo que haya vuelto el tiempo de los Médicis.

AGOSTINO CAPPONI

Procurad, pues, si hemos de volver a los Tarquinos, de hallar otra vez a los Brutos.

MAQUIAVELO

Sería menester guardarse de ligerezas.

PIER SODERINI

Los acontecimientos nos apremian. El Congreso de Mantua, que el Papa ha suscitado contra nos-

otros... ¡Ah, Dios mío, cuánto daño nos hace ese hombre!

NICOLÁS VALORI

Yo le creía perdido, después de la infame acción de su sobrino; ha perdonado al matador, y nadie hace ya caso de ello. Le creía perdido después de la batalla de Ravena. Ese botarate de francés, ese Gastón de Foix, la gana, pero se deja matar, ¡y su victoria truécase para los suyos en algo peor que una derrota! ¡Julio II saca partido de ella! Le creía perdido ante el concilio de Milán. ¡Desacredita a éste e inventa otro! ¡Recobra a Bolonia, no se sabe cómo! Pone el pie al cuello del duque de Ferrara y va a destronarle; y los franceses, ayer triunfantes, nos abandonan y huyen a sus líneas, porque ese miserable Papa, desde el fondo de su apuro, surge como Satanás del fondo del abismo y descarga contra ellos rayos de peligros. Ved a los suizos, que ruedan como torrentes contra el Milanésado. En fin, por lo que a nosotros atañe, no basta que perdamos a esta hora la protección de Luis XII; es preciso que las tropas derrotadas de este triste rey dejen escapar en la retirada a su prisionero de Ravena, el cardenal Juan de Médicis. Ahora Julio II vuelve a enviárnoslo a la cabeza del ejército pontificio. ¡La situación se va haciendo insostenible!

## MAQUIAVELO

Los planes de Julio II son más de temer que los del difunto monseñor de Valentino.

## PALLA RUCCELLAI

¿En qué?, os lo ruego.

## MAQUIAVELO

El señor de Valentino no trabajaba más que para sí mismo; en todo caso, su obra hubiera acabado con su existencia, puesto que no tenía hijos. Pero el Papa trabaja para la Iglesia y, por lo menos, dejará tradiciones muy molestas para la independencia de los Estados italianos.

## NICOLÁS VALORI

Es deplorable pensar que la mayoría de nuestros conciudadanos imagina que con el gobierno de los Médicis el comercio iría mejor. Además, comenzamos a tener en contra nuestra a los artistas. Esa gente quiere fiestas, lujo y gastos.

## AGOSTINO CAPPONI

Una puñalada bien dada ha producido a menudo un gran beneficio.

## MAQUIAVELO

O un gran daño. Buenas noches, señores míos. Me vuelvo a casa muy afligido.

## BARBERINO

La ciudad, en el fondo. A través de la comarca, al pie del Apenino, el ejército español y las tropas pontificias van en marcha hacia Florencia por la llanura que conduce a Prato. A la cabeza de una compañía de hombres de armas van don Raimundo de Cardona, virrey de Nápoles, general de la Liga; el cardenal Juan de Médicis, legado de la Santa Sede en la Romaña y Toscana; el duque de Urbino, los capitanes Vitelli y Orsini; otros oficiales.

### EL DUQUE DE URBINO

Ciertamente, monseñor reverendísimo, el Santo Padre no desea otra cosa que ver a vuestra familia restablecida en Florencia y en posesión de sus derechos. Pero vos pretendéis ir harto de prisa, precipitáis las cosas, y tengo expresa orden de obrar con prudencia y circunspección.

### EL CARDENAL JUAN DE MÉDICIS

Del modo como procedéis vos, todo fracasará. El partido popular será derribado, sin duda. Los intrigantes, herederos de Savonarola, desapare-



cerán. Pero ¿quién será puesto en su lugar? He aquí lo que vos no queréis decir y lo que, sin embargo, quisiera yo saber.

#### EL DUQUE DE URBINO

Yo no puedo desobedecer a Su Santidad, ni vos tampoco, ni nadie. Entrad en Florencia con vuestros parientes; pero en calidad de persona particular.

#### UN OFICIAL

A don Raimundo de Cardona.

Excelencia, los florentinos acaban de reforzar la guarnición de Prato con dos mil infantes y cien lanzas, al mando de Luca Savelli.

#### DON RAIMUNDO DE CARDONA

Eso me molesta. Nos faltan la artillería y aun los víveres.

#### EL DUQUE DE URBINO

Es necesario negociar. Tengo orden de negociar con los florentinos. Si quieren expulsar a Soderini y admitir a los Médicis como simples ciudadanos, me han ordenado que me declare satisfecho.

#### EL CARDENAL JUAN DE MÉDICIS

Puesto que no hay medio de obtener algo mejor, enviemos un parlamentario; y, entretanto, tomemos un poco de descanso bajo estos árboles.

## DON RAIMUNDO DE CARDONA

Os obedezco, monseñor; echemos pie a tierra y hagamos como gustéis.

Detienen sus caballos, y se apean; unos criados extienden una alfombra debajo de un árbol; los jefes toman asiento en ella.

## V E N E C I A

El palacio Gradénico. Luigi Malipiero, Leonardo Mocénico y Luigi Gradénico. Una gran sala, cuyas ventanas dan a la laguna.

### LUIGI GRADÉNICO

Sed bien venidos, magníficos señores. Casi esperaba el honor de recibirlos hoy, porque el tiempo está soberbio.

### LEONARDO MOCÉNICO

Venimos a buscaros, como ayer convinimos, para ir a dar juntos un paseo por los talleres de nuestros pintores.

### LUIGI MALIPIERO

Yo os propondría igualmente visitar la imprenta de nuestro amigo Manuccio. Ha fundido nuevos caracteres griegos, y dícese que son de la mayor belleza.

LUIGI GRADÉNIGO

Yo los veré con extremo placer. El señor Aldo es un héroe de erudición. Los conocimientos acumulados en esa sabia cabeza bastarían para la gloria de una brigada entera de helenistas y de latinizantes. A propósito, acabo de recibir una carta del señor Navagiero.

LUIGI MALIPIERO

¿Está todavía en Pordenone, en casa del valiente y espiritual señor Alviano?

LUIGI GRADÉNIGO

Desde luego. Le hace el mayor elogio de la sociedad de gentes corteses y de gran instrucción, reunidas por nuestro capitán general en ese elegante santuario de las Musas.

LEONARDO MOCÉNIGO

¿Adelanta su poema?

LUIGI GRADÉNIGO

Ese hermoso trabajo toca a su fin, y el señor Navagiero ha dado lectura de él a sus amigos con toda clase de aplausos. Pero, ilustrísimos señores, creo que mi góndola está al pie del tra-

*ghetto*, y vamos a partir. Dirijámonos primero a casa del maestro Tiziano; luego visitaremos a Robusti y a los demás.

LEONARDO MOCÉNIGO

A vuestras órdenes, magnífico señor; y muy dichoso, por mi parte, de consagrar tan bella jornada a contemplar obras maestras en compañía de un tan fino inteligente como vuestra excelencia ilustrísima.

## FERRARA

Una sala del palacio, en las habitaciones de la duquesa. Ricos tapices de Flandes con asuntos mitológicos, muebles de ébano tallados, cuadros, estatuas. Madama Lucrecia Borja, duquesa de Ferrara; Luigi Bembo.

BEMBO

¿Estáis inquieta?

MADAMA LUCRECIA

Sonriéndose.

De ningún modo...; estoy preocupada. ¡Mirad! Yo me parezco mucho a lo que se debe pensar de Italia. Cuando habéis llegado, leía yo este manuscrito, abierto aquí, sobre mis rodillas. Son los primeros cantos del poema de Luis Ariosto. Este hombre, verdaderamente sublime, me lo ha entregado esta mañana. Dejábame llevar de una admiración entusiasta. Pero al mismo tiempo pasábame por las mientes que los negocios de monseñor no se hallan en tan buen estado como yo quisiera verlos; el Papa ha querido asesinarle úl-

timamente, y Su Santidad no responde a nuestras proposiciones más que con amenazas. Mi marido, lo sé, no es hombre capaz de amedrentarse. No obstante, hay momentos en que el temor se apodera de mí; porque, bien lo sabéis, Luis, tratase del porvenir de mis hijos, del estado de nuestra casa, y vale la pena de pensar en ello y cuando veo a qué están reducidos los florentinos, me digo que la libertad de los príncipes y de las repúblicas es bien precaria ante el más ambicioso de los Pontífices. Acabaría por llegarnos la vez de nuestra ruina, si el cielo no pusiera orden en ello. Así, que lo veis, amigo de mi vida, tengo la cabeza ebria de poesía; la razón, atormentada por inquietudes políticas; el corazón, temeroso por mi marido, y el alma...

BEMBO

¿El alma?

MADAMA LUCRECIA

Sonriéndose.

El alma, quizá un poco distraída y yéndose hacia vuestro lado... En suma, ¿no es eso Italia? ¿Poesía, temor, intereses... y amor?

BEMBO

¡Eso es hablar bien! ¡Y cómo permaneceréis dueña del temor, de los intereses y del amor! En cuanto a la poesía, aun no os he dicho cuán ad-

mirable es vuestra canción de ayer tarde! He pasado la noche leyéndola, releyéndola y cubriéndola de besos, como hubiera hecho un escolar de veinte años... Pero ¿por qué habéis escrito en español?

## MADAMA LUCRECIA

El español es mi lengua nativa, y el sentimiento que yo quería expresar es fuerte como la pasión española. ¿Qué habéis hecho de los cabellos que acompañaban a la canción?

## BEMBO

Están dentro de una cubierta de vitela con lazos de cinta. ¡No creo que jamás pastor de Teócrito, jamás amante de Amarilis haya sido más feliz que yo!

## MADAMA LUCRECIA

¿Sabéis que los florentinos han hecho muchas simplezas? El gonfaloniero Soderini no ha sabido tratar ni defenderse. Lo han expulsado. Los Médicis han vuelto, y se les trata como a ciudadanos ordinarios.

## BEMBO

¡Compromiso quimérico! ¡De él resultará una nueva expulsión o la omnipotencia!



## MADAMA LUCRECIA

El Papa se empeña en tomar la Toscana para sí mismo.

## BEMBO

Seguramente. ¡Si los franceses hubieran sabido mantenerse en Milán! ¡Pero jamás han hecho otra cosa sino ganarlo todo en un día y perderlo todo en una hora!

## MADAMA LUCRECIA

Son nuestros aliados y nuestros sostenedores. En este momento su desgracia es la nuestra; pero, en resumen, os lo digo en confidencia: yo desearía que Luis XII no volviese por aquí más; entonces, nuestros compatriotas, los venecianos, veríanse obligados a precaverse contra las usurpaciones del Santo Padre. Romperían con él y uniríanse con don Alfonso para garantizar la libertad común. Eso es lo que yo quisiera arreglar, y los Médicis no andarían lejos de entrar en esta combinación.

## BEMBO

En efecto, paréceme llena de sagacidad y digna de la cabeza de Pallas, de donde ha salido. Dejadme pensarlo, y cuando yo haya apreciado sus puntos fuertes, si esto os agrada, pudiera escribirlo a Venecia.

## MADAMA LUCRECIA

¿Por qué perder tiempo? Poneos a esa tarea. Yo os explicaré en detalle mis ideas, cuanto conozca de los intereses recónditos y las veleidades de los príncipes... lo que de ello adivino... Vamos a discurrir sobre eso, y con vuestro hermoso estilo ciceroniano redactaréis en seguida una memoria, que enviaremos a la señoría de Venecia y al cardenal Juan de Médicis. ¿Queréis?

## BEMBO

Se acerca a una mesa.

¿Qué puedo yo desear mejor que trabajar para el árbitro de mi vida?

## MADAMA LUCRECIA

¿Conocéis alguna cosa más amable que estos versos del *Orlando*? Leed vos mismo.

## BEMBO

Leyendo.

La prima inscrittion ch'a gliocchi occorre,  
 Con lungo onor Lucretia Borgia noma:  
 La cui bellezza et onestà preporre  
 Deva a l'antica la sua patria Roma...

Esto no es más que la verdad; pero está bien dicha. ¿Por qué monseñor el cardenal Hipólito afecta tratar al Ariosto como un hombre de poco más o menos?

## MADAMA LUCRECIA

Porque mi cuñado es tonto. Pongamos manos a la obra, y comprendedme bien.

## BEMBO

Una palabra nada más... ¿Se os escapa que vuestro pensamiento significa lo contrario de las máximas repetidas desde hace veinte años? Savonarola quería la unidad de Italia; vuestro hermano, el señor de Valentino, no predicaba otro tema; y el Papa Julio II es tal vez, a su manera, más preciso aún en este capítulo. Vos, por el contrario, confesáis no pretender sino la continuación del fraccionamiento.

## MADAMA LUCRECIA

No es útil a los venecianos, ni a los florentinos, ni a los napolitanos, ni a nosotros, que Italia esté jamás reunida bajo una sola mano, porque esta mano no podría ser la nuestra. Mientras no se ha sabido cómo dispondría el azar las cosas, vosotros, con vuestras empresas de engrandecimientos en tierra firme, los Sforza, mi hermano y el magnífico Lorenzo, repitieron, unos tras otros, el mismo lenguaje y, en provecho suyo, quisieron concentrar la Península en un gran Estado. El mismo Savonarola lo pensaba en provecho de su idea. Ahora sabemos a qué atenernos; todos he-

mos fracasado. No es deseable convertirnos en mendigos, prosternados a los pies del Santo Padre. En adelante, creedme, no se hablará más de la grandeza del conjunto, sino únicamente de la independencia de las partes. Como frase, es igualmente sonora. Escribid, querido Luis, os lo suplico.

BEMBO

Vuestro sistema es nuevo para mí, lo confieso; no me gusta gran cosa... Toda mi vida he profesado lo contrario.

MADAMA LUCRECIA

Con una sonrisa.

¡Y hasta con mucha elocuencia! ¿Qué conclusión sacáis?

BEMBO

¡Pues, pensadlo! Si las fuerzas de Italia han de permanecer desperdigadas, ni siquiera podrá ser cuestión de expulsar de ella a los bárbaros.

MADAMA LUCRECIA

¿Esperáis, en serio, conseguirlo nunca?

BEMBO

Es evidente que yo creía...

## MADAMA LUCRECIA

De diez años acá, yo no creo nada semejante... si es que por ventura alguna vez lo he creído... Por otra parte, habláis a una española, no lo olvidéis; las gentes de mi casa y de mi rango no pueden participar de vuestras fantasías. ¿Qué tenéis? ¡Cómo! ¡Parece que os ha emocionado por completo mi confianza! Yo suponía en vos algún gusto por la sociedad de los bárbaros.

## BEMBO

No os burléis en demasía... Convengo en ello; me habéis como aturdido... Si no llegamos nunca a ser libres nosotros, los italianos; si debemos sufrir siempre los caprichos, las violencias de los extranjeros (¡desventurada raza la nuestra!), ¿qué diremos al cielo en nuestras preces, sino reproches crueles y quejas harto justificadas?

## MADAMA LUCRECIA

¡Ingrato! ¿Acaso no domináis a esos extranjeros que vienen a nuestro país? ¿No sois vosotros en el universo el foco de los conocimientos, de las reflexiones, de las filosofías, de los grandes pensamientos, y el taller donde las Musas están asentadas para producir sus mágicas creaciones? ¿No es de vosotros de quienes salta la chispa de

genio que recorre el mundo y lo vivifica? ¿Qué gloria iguala a la vuestra? ¿Qué poder le es superior?

#### BEMBO

De acuerdo; pero cuando se es un gigante en cierta manera, se desea serlo de todas las maneras. No sonriáis así; me inclino ante vuestra sensatez y vuelvo a tomar la pluma para obedeceros. Voy a trabajar con vos, y para vos y como lo deseáis, y me esforzaré en hacer triunfar nuestros planes, porque os pertenezco. Pero, sin embargo, también lo sonfieso, no quiero perder la esperanza de mi juventud, el ideal de mi vida. Deseo apasionadamente una Italia unida, fuerte, dominadora en todos los géneros; y aunque fuese bajo la regla y en beneficio de la Santa Sede apostólica, me acomodo a ello y por ello bendeciría al cielo. Y, después de todo, ¿qué se requiere para conseguir el triunfo? Solamente algunos años más concedidos a ese Julio II, muy molesto, lo confieso, pero en muchas cosas digno de admiración... ¡Vos misma convenís en ello algunas veces! Y si la buena suerte quiere que Francia y Alemania permanezcan gobernadas por príncipes incapaces, nuestro ensueño queda realizado. Dejadme mis esperanzas.

#### MADAMA LUCRECIA

Sois un niño grande. Yo no disputo con vuestras ilusiones, segura de que ellas no os impedirán

jamás servirme bien. ¡Me amáis más que a ellas!... Reflexionad, sin embargo, que son locuras, cuya realización no os haría feliz; ni a nadie con vos. Sólo una cosa grande existe en este mundo: el amor a las artes, el amor a las cosas del espíritu, el amor de aquellos a quienes se ama, y cuando, aparte de eso, la vida os ha llevado en su curso a una de esas mesetas donde las flores se hacen más escasas y los horizontes más severos, tal vez hallemos aún placer en considerar cuerdamente ciertas cosas eternas, de las cuales nos curamos, menos en la primera juventud. Yo he aprendido más que vos, amigo mío; yo he obrado más, he sentido más, he sufrido más por otros y por mí misma... ¡Pero basta! Ocupémonos en nuestros asuntos y escuchadme ahora, con toda vuestra seriedad.

## R O M A

En el Vaticano. Dormitorio del Santo Padre. Julio II, en su lecho; Bernardo de Bibbiena, el cardenal de Sión, el datario Lorenzo Pucci.

JULIO II

Esto se acabó...; me muero... y no he terminado nada de lo que emprendí.

BERNARDO DE BIBBIENA

Nada se ha acabado, Santísimo Padre. Vuestra Santidad tiene mucha fuerza.

JULIO II

No la bastante. No he terminado el Vaticano, ni la reconstrucción de Roma, ni mi sepulcro, ni nada... Mis artistas se dispersarán en cuanto yo no exista. Ved a los Médicis otra vez amos en Florencia, y yo pierdo la Toscana... Maximiliano Sforza ha recuperado a Milán... El pequeño desorden vuelve a comenzar... Será preciso reducir



a los franceses, a los alemanes, a los suizos, a los españoles; en una palabra, el gran desorden para ahogar a aquél y emprender nuevamente toda la reconstrucción, como si nada se hubiese hecho... Sufro horriblemente... Me voy apagando.

#### UN MÉDICO

Vuestra Santidad debiera no agitarse tanto.

#### JULIO II

He vivido encerrado en un círculo fatal. Para borrar el fraccionamiento era menester destruir a los tiranuelos... Para destruir a los tiranuelos, hacían falta los extranjeros... Con los extranjeros, no existe Italia. ¿Sabes tú eso, cara negra?

#### EL MÉDICO

El pulso de Su Santidad se debilita sensiblemente, y la cabeza empieza a no regir.

#### JULIO II

Aquí estoy en mi lecho... clavado... Miguel Angel... Rafael... El uno trabaja...; pero ¿y el otro?... Estará con alguna mujer... Y el Bramante, ¿qué hace?... Alfonso de Ferrara... ¡traidor!... Todo se embrolla en mi cabeza... No estoy seguro de los venecianos...

BERNARDO DE BIBBIENA

Ya no se comprende claro lo que dice Su Santidad...

EL MÉDICO

Es cuestión de pocos minutos.

JULIO II

Agudeza..., genio..., vida..., ferocidad..., nada que mantenga unido... ¡eso es el italiano!... ¿Cuál será el fin?

EL CARDENAL DE SIÓN

Dadle algunas gotas fortificantes.

JULIO II

Incorporándose en la cama.

¡Mueran los franceses! ¡Muera Alfonso de Este! ¡Echadlos de Italia, de toda la Italia!

Se desploma en el lecho y muere.

BERNARDO DE BIBBIENA

¡El Papa ha muerto!

FIN DE LA TERCERA PARTE

Biblioteca Pública de Soria



71262237 DR 8537

---

ESPASA-CALPE, S. A.  
BILBAO  
MADRID BARCELONA  
Ríos Rosas, 24 Cortes, 579

---



DR  
DR

El Renacimiento

Vol. 1.022 - 1.023